

A. Caj. 59/9





#### RESEÑA

del verificado la noche del 25 de Febrero de 1884

EN EL PALACIO

DE LOS

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES

The same of the sa

POR

D. EMILIO BRAVO Y MOLTÓ

D. VICENTE SANCHO DEL CASTILLO

Precio: 3 pesetas

MADRID

1884

. IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE EL LIBERAL Calle de la Almudena, núm. 2



36607

## BAILE DE TRAJES

EN CASA DE LOS

## Duques de Fernan-Nuñez

25 DE FEBRERO DE 1884

SE WADRIGHT OF THE PROPERTY OF

APUNTES TOMADOS

POR

Don Vicente Sancho del Castillo y Don Emilio Bravo y Moltó

MADRID

1884

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE EL LIBERAL Calle de la Almudena, núm. 2

## BAILE DE TRAJES

EN CASA DE LOS

# Duques de Fernan-Nuñez

PER PERSON DE 1884

APPRICE TOMADOS

tion literate Searche tel Countille v. Don Englin there v. Motto,

OTHORN

thence in an introduction of a see Sale

## A los Exemos. Sees. Duques de Fernan-Aunes

Si los periódicos están llamados á desaparecer y traspapelarse inmediatamente despues de leidos, es necesario el folleto para reseñar y mantener en perpétuo recuerdo aquellos acontecimientos que hacen época en la vida. El baile recientemente verificado en el palacio Cervellon. es de tal naturaleza, que el libro que en sus hojas lo consigne, en lugar de dar perpetuidad á la fiesta, se la da á si propio.

Dignese aceptar el folleto que, en testimonio de consideracion y respeto, le ofrecen

Vicente Sancho del Castillo y Emilio Bravo y Moltó.

#### A los Eremos. Fres. Daques de Frenon-Rudre

Si los periodisme vebits l'amandos a decapareme a traspapatate inmodificamenta después da loidos, es nouveants el folicis para reseitar y résolvent en porpetus revoluit aquellos neotracionesdos que lacenques en la enta, let haile reolemente corripcido en el palació l'arrellon, és de tal patiende un, que el illans que en sus hojas lo canalque, en hosar de day perpensidad é la fasta, se la da de se propos.

Digness magetar et fellala que, en testimono do consideración y resala, la ofrecas

Vicente Sancho del Castillo y Emilio Breva y Malfor

#### ANTES DEL BAILE

and the otherwise depend on the design of the proof are one of the first the first

Hay nombres que en sí llevan entera su historia, y sólo pronunciar el de Fernan-Nuñez es traer á la memoria de todos la nobleza, la dignidad, la grandeza, la afabilidad, la cortesía y la inagotable caridad de los que hoy lo llevan.

No son ciertamente las piedras preciosas que hermosean las nobles coronas que ciñen sus frentes las que más destellos lanzan; las bendiciones que por doquier y á todas horas brotan de lábios de infinidad de desgraciados cuya miseria ha sido socorrida por los Duques, llevan más alta su fama que las gloriosísimas hazañas de sus preclaros ascendientes, y las lágrimas que sus bondadosas manos han enjugado pudieran formar por sí una diadema cuyo fulgor eclipsara el de las que tan dignamente saben ostentar.

¿A qué decir dónde se encuentra situado el palacio de Fernan-Nuñez? Todos lo saben; los ricos están acostumbrados á disfrutar en él horas que se deslizan demasiado rápidas, porque la dicha y el placer son breves sobre la tierra, y los pobres no ignoran que sobre la puerta de aquella casa está escrita la palabra *Caridad*; que cuando con temblorosa mano llaman á ella, nunca ha permanecido cerrada; que la voz del dolor halla siempre un eco en los dorados artesones de sus soberbios aposentos y que la mano que tienden hácia sus moradores nunca se ha retirado vacía.

Cuando una fiesta se dispone en el palacio de la calle de Santa Isabel, en todos los semblantes se retrata la alegría; los amigos están ciertos de que allí han de disfrutar de encantos como saben sólo ofrecerles sus dueños, y los desgraciados tienen la evidencia de no ser olvidados en aquellos dias. Por eso los ecos de la alegre orquesta regocijan los corazones de los que giran

por los magníficos salones de la casa y de los que sólo los escuchan desde el umbral de la puerta; aquellos laten de contento; estos, de gratitud.

La noticia del espléndido baile que los Duques de Fernan-Nuñez preparaban para el 25 del pasado mes de Febrero, fué un acontecimiento no sólo en Madrid, sino doquiera son aquellos conocidos, lo que equivale á decir, en todas partes. Veintiun años hacia próximamente que no habia tenido lugar en aquella casa otra fiesta igual; muchos, solo conocian por referencia el baile celebrado el 14 de Abril de 1863, baile que honró con su presencia la reina doña Isabel II, luciendo el traje que mejor sentaba á su noble y bondadoso corazon, el de Ester, es decir, el de reina y libertadora de un pueblo oprimido.

Los relatos que de aquella noche se escribieron y que pudieron leer más tarde los que en esa época no habian adquirido aún el derecho de *tr á sociedad*, segun la frase consagrada; el recuerdo que de ella quedaba en los que fueron invitados al baile, eran motivo más que suficiente para que el anuncio de una fiesta semejante conmoviera á todos, y que se tuviese en más el ver su nombre en la lista de los invitados, que su número agraciado con uno de los premios mayores en la del sorteo de Navidad.

A la extrema amabilidad de los Duques hemos debido el contarnos en el número de los favorecidos, y al escribir estas líneas no hacemos si no dar una vez más la razon al antiguo proverbio: Ex abundantiá cordis os loquitur.

Antes de reseñar la fiesta hablemos algo de la casa donde tuvo lugar. Mil veces, y por ingenios mucho más exclarecidos que el nuestro, se ha descrito ésta y las riquezas que contiene, pero áun cuando volviera á describirse otras tantas, no se habria dicho todo, ni tampoco tenemos nosotros la pretension de hacerlo, que un Museo no se pinta con un catálogo, ni un Tesoro se comprende leyendo su descripcion. Una sola mirada dirigida á la *Venus de Milo* vale más que todas las reseñas que de ella pudieran hacerse, y unos instantes de religiosa contemplacion ante una obra de Murillo ó Rafael nos enseña más que todas las páginas que escribirse puedan sobre estos génios del arte pictórico.

No obstante, valga por lo que valiere, trataremos de dar una ligera idea de la morada en que vamos á introducir al lector de estas líneas.

Habitada desde luengos años por los ascendientes de la actual Duquesa, la casa ha ido experimentando modificaciones sin número, pudiéndose decir que las más importantes datan de la época del casamiento de esta ilustre señora.

A la derecha del anchuroso zaguan, por el que pueden entrar y salir cómodamente los carruajes sin peligro de encontrarse, se halla la puerta de crista-

les que dá paso á la escalera. Esta comienza en una meseta cuadrada cuyo frente lo compone un espejo rodeado de plantas en medio de las cuales una pequeña cascada ofrece al par que el grato murmullo del agua corriente, el fresco que la ninfa despide. Tras los dos tramos alfombrados con rico tapiz de moqueta blanca, y ostentando las estucadas paredes los escudos de la casa hábilmente combinados en las molduras que las adornan, se llega á una espaciosa antesala severamente amueblada, en uno de cuyos costados está el retrato ecuestre, obra, sin duda, del gran Velazquez, de D. Francisco de Orozco, tercer marqués de Montaray, capitan general que fué de Milán allá por la segunda mitad del siglo XVII.

Abrese enseguida la anchurosa galería que tiene á su izquierda los salones y á su derecha una preciosa estufa ó loggia de cristales donde extienden sus hojas multitud de plantas raras y abren sus pétalos pintadas y aromáticas flores; esta galería, sostenida por columnas, está tapizada de color corinto, pero apenas distínguese la tela que la cubre, tal es la profusion de cuadros que la adornan y que con las estátuas que sobre altos pedestales se ven á uno y otro lado, hacen de ella un verdadero museo. Allí se encuentra el precioso mármol de Minghetti, La Lectora, llena de inocencia y palpitante de vida; junto á ella La Prisionera, de Vela, nos conmueve por el dolor que sus facciones retratan, y no es extraño que muchos hayan dicho que al contemplarla creian haber oido entre los acordes de la música del salon y las risas de los convidados, el tétrico ruido que producian las cadenas agitadas por la infeliz cautiva que pugnara por libertar de ellas sus piés y sus manos. El Estudiante, de E. Martin, mezcla los ecos de su flauta á los de la orquesta, y el Torero herido, de Nobas, no extraña la alegria que le rodea porque le recuerda que su destino es casi siempre ver su tumba rodeada de una multitud animada y bulliciosa, é iluminada por los más ardientes rayos del sol de estío. Mas allá un grupo delicioso de expresion y de gracia representa á tres niños jugando; ojos hay que al fijarse en aquellos rostros infantiles se arrasan en lágrimas que consuelan con la vista del presente la amargura de un doloroso recuerdo; y es tan perfecta esta obra que dícese que cuando por una abierta ventana penetra el aire y llega hasta las vestiduras de las niñas, tienen aquellas la intencion de moverse á su impulso olvidándose que son de mármol.

De las paredes penden cuadros de todas las Escuelas y de todas las épocas; las sóbrias y severas creaciones de Ribera brillan al lado de las alegres escenas que retrataba el pincel de Teniers; algunos retablos, gloria del arte flamenco, se ven junto á otras obras de la Escuela veneciana, y la diosa de la belleza sonrie al Ticiano, agradecida de haberla pintado tan hermosa. Un San Antonio cuyo mejor elogio es decir que es obra de Murillo, sirve de testimonio de la nunca bien ponderada Escuela sevillana.

Entre los cuadros se ve, en un marco de ébano sobre un fondo de terciopelo azul, el arnés del caballo del rey chico de Granada, Mahomad, obra
maestra de aquellos artífices andaluces que hacian con el oro y la plata encages más finos y trasparentes que los que tanta y tan merecida fama han
valido á Bruselas y Valenciennes. Este arnés, conquistado en 1332 por Don
Martin Alfonso de Córdova, señor de Fernan-Nuñez, despues de su heróica
defensa de Castro el Rio, sitiada por Mahomad á quien venció el cristiano
en singular combate, fué premiado con medalla de plata en la Exposicion de
París de 1867, y encierra el constante recuerdo de uno de los hechos más notables de esta ilustre casa en la que todos sus representantes parecen haber
colocado la gloria á *interés compuesto*. Cofres, necessaires y guarda-joyas
antiguos, completan el mobiliario de esta galería.

A la izquierda de ella están, como hemos dicho, los salones; éstos empiepiezan por el llamado de los *Goyas*, porque en él se vén los retratos de los abuelos de la actual duquesa, debidos al pincel que tantas joyas ha legado á la ciudad del Manzanares. Sus muebles y cortinajes son de damasco de seda rojo: trás este salon viene el espacioso destinado al baile; sus paredes formadas por espejos reflejan hasta lo infinito el resplandor de las tres monumentales arañas de bronce dorado y cristal de roca que penden de su techo pintado al óleo; en el fondo y en alto está la tribuna de la música, y bajo el balcon de ésta se enseñorea el complicado escudo de armas de la casa. Todo este salon está ricamente decorado con molduras y artesones dorados; su pavimento es un mosáico de maderas de colores, y sus únicos muebles son banquetas de madera dorada con asiento de seda amarilla igual á las cortinas de las ventanas. Además de las puertas que se abren á la galería, comunica este salon con otro grande tambien, vestido de damasco amarillo con flores de colores.

Con la araña que pende en medio de esta habitacion, dánle luz cuatro torchéres con pié de porcelana. A este salon dan los dos comedores: el de la derecha que es el más pequeño y que sirve de diario á los Duques, está adornado con cuadros de Marco dei Fiori; el segundo, vasto y elegante, con las paredes cubiertas de tapicerías de Aubusson, con su chimenea monumental y su aparador de roble con cuyas aves talladas ocurre algo parecido á lo que con la célebre cruz del refectorio de la Cartuja de Granada, está verdaderamente deslumbrador en los dias de recepcion ó de comida. Despues del salon amarillo, penétrase en un delicioso boudoir, aunque no le cuadre bien tal nombre, pues en verdad que no le ocurre bouder al que en él se encuentra, porque pasa largo rato entretenido en la contemplacion de los infinitos primores, de las mil obras de arte que allí se encierran.

Por el lado opuesto á la antesala termina la galería antes descrita en el dormitorio de los duques. El gusto con que está amueblado es exquisito y severo á un tiempo. En medio de la pieza se vé el lecho de palo santo con el escudo de armas á la cabecera y un dosel de seda amarilla y azul con bordados de colores. Los cuadros que decoran las paredes son debidos á celebridades, y entre ellos hácense notar dos que representan, segun la inscripcion que al pié se lee, el uno á Santa Doda, infanta de Saxonia, duquesa de Aquitania, trigésima séptima agüela por línea legítima de D. Gaspar de Ceruellon. Mercader, Viuas y Vique. Murió en 15 de Março de 613. Y el otro, á Santa Radegunda, infanta de Thuringie, reina de Francia y en vida del rey su marido, monja, trigésima nona agüela por línea legítima de D. Gaspar de-Ceruellon, Mercader, Viuas y Vique; murió en 13 de Agosto de 596. Ambas santas como se vé pertenecieron á la ilustre casa de Cervellon cuyo título lleva hoy la Duquesa de Fernan Nuñez, y son por lo tanto gloriosas ascendientes de esta noble señora.

De un lado del lecho una cortina de terciopelo carmesí bordada de oro impide que el aire llegue hasta él, y en el lado opuesto, un biombo de peluche verde con dibujos al lápiz, de pintores célebres, presta igual servicio.

En un rincon apartado de la estancia se vé un reclinatorio y sobre él un retablo antiguo de gran precio.

Del cuarto tocador de la Duquesa, en cuyo umbral nos detendremos respetuosamente, solo hablaremos para mencionar la preciosa mesa tocador, rica en magníficos encages y cuya colgadura sostiene una gran corona ducal de plata.

Pásase despues á un salon que si no supiéramos es donde habitualmente está la Duquesa, nos lo haria pronto comprender ese no sé qué que se nota en la estancia predilecta de una mujer elegante, y de elevado gusto artístico. Allí, más que los cuadros abundan los retratos de familia, aunque de aquellos no puede pasarse en silencio una acuarela de Pradilla, bella por la correccion del dibujo, y la riqueza del colorido y de los detalles, y entre estos es digno de mencionarse un retrato al óleo, de medio cuerpo y tamaño natural, de la hija de los dueños de la casa, la Duquesa de Alba, en cuyo rostro ha sabido el artista fijar la franca alegría que anima al original, la extrema bondad que heredó de sus padres, la nobleza que la caracteriza, el claro talento

que la distingue y la belleza de su alma que es el mejor y más digno complemento de este cúmulo de perfecciones.

A cada lado de la chimenea de este salon vénse suspendidas á la pared dos patas de jabalí artísticamente colocadas en cuadros de madera; llevan, la una, bajo el escudo de armas de la casa de Orleans, este letrero: Equipage de Chantilly-Foret Coye, 12 D. 1881, y en una plancha de metal, grabada esta inscripcion: Au poteau des Grandes ventes, près la Courre d'Orry, après 4 h. de chasse Laisse courre par Hourvary. Les honneurs du pied faits á S. E. Mme. la Duchesse de Fernan-Nuñez; y la otra, en una cinta dorada, la siguiente: Mezny Royal Adennes. St. Hubert 1883; y son los triunfos obtenidos por la Duquesa en dos distintas expediciones venatorias, donde obtuvo, como era natural, los honores de la caza.

A este salon sigue otro pequeño y de paso en el que se admiran dos lienzos representando el uno un San Francisco de Páula, de Ribera, y el otro, la batalla de Tetuan, por Palmaroli.

Un pasillo ancho dá acceso á esta estancia desde la antesala, y en él se encuentran una preciosa arca antigua dorada con tapa y frentes de madera con paisajes pintados al óleo, y una magnífica silla de manos de madera dorada rematada por una corona imperial; las pinturas que la adornan están aún tan vivas como si acabaran de ejecutarse; nada le falta ni los enormes brazos con las correas para los portadores, ni los dos grandes faroles con que los lacayos alumbraban el camino á aquellos. Esta silla de manos que recuerda las que aún se conservan en Trianon, parecia en la noche del baile, haber servido para conducir al palacio algunas de las damas del tiempo de Luis XIV que por los salones circulaban.

La sala de billar, tapizada de verde claro, mas parece destinada á una dulce meditacion, á un poético ensueño que no al ruido de los tacos y de las bolas; y en verdad que quien quisiera absorberse no tardaria en elevarse á regiones ideales contemplando el soberbio cuadro de Murillo que adorna uno de sus frentes. Aquella Vírgen es todo un poema de amor purísimo, aquel Niño es un encanto de gracia, y aquellos rayos de luz parecen destellos de la majestad divina, y en verdad que no seria extraño que así fuera, pues que brotaron de la mente del génio más colosal del arte cristiano, y el génio no es otra cosa que una chispa de la Suprema Inteligencia colocada por Dios mismo en la frente de algunos séres privilegiados.

Dos puertas corredizas, formadas por dos grandes lunas azogadas, abren paso á una escalera de roble por donde se baja á las habitaciones particulares del Duque. Las paredes de esta escalera están cubiertas de tapices rarísimos y de gran valor artístico, representando las más culminantes escenas del *Quijote*. La barandilla, verdadera obra maestra de tallado, en la que se enlazan con palmas y flores las iniciales F. N. y los escudos de armas, es obra del malogrado artista español D. Antonio Jorge, quien al par que adornaba de un modo régio la casa de los Duques, honraba á su país con un trabajo que en vidiarán los más hábiles tallistas extranjeros.

Penétrase en un salon cubierto tambien de antiguos tapices, y alhajado con ricos y valiosos muebles antiguos. En él hay armas de todas las épocas, cofres inmensos y otro sin número de curiosidades que fuera prolijo enuemrar. En un ángulo, una pandereta colgada en la pared ofrece la particularidad de que una lindísima muchacha, rubia como un querubin y picaresca como un diablillo, que detrás de ella habia encerrado Palmaroli, llevada por ese defecto que dicen exclusivo de la mujer, y que nosotros podemos desmentir, pues nos mostramos hoy tan curiosos como ellas, ha roto la piel para poder gozar tambien de la vista de tanta magnificencia, y sonrie atrevidamente á los que ante ella se detienen para contemplar su donaire y su belleza.

Tambien se ven allí retratados al óleo los dos caballos del *Haras* del Duque que más se han distinguido en el *turf* español, y son *Pagnotte* y el precioso *Diletto* que tantas desazones causó á algunos en la pasada primavera y que se dispone quizás á reproducirlas en la presente.

A continuacion de este, hay otro salon tapizado de encarnado con pavimento de mosáico de madera y techo artesonado, estilo del siglo xv y pinturas del género pompeyano. El cuadro que se destaca en uno de sus frente es la *Flora*, de Casado; la expresion de embriagador deleite de esa mujer recostada en un sillon, envuelta en un pañuelo encarnado y teniendo en su falda unas flores, es un *tour de force* sin duda ejecutado por el artista, á fin de demostrar que su pincel no sirve sólo para crear escenas terroríficas como la que nos presenta su bellísimo cuadro *La campana de Huesca*.

Frente á este, vése otro lienzo representando al rey D. Cárlos IV en traje de caza, tamaño natural.

En esta habitación se hallan algunas obras de arte, tales como copas de plata, jarrones de bronce y otras, ganadas por los caballos del Duque en las carreras de Madrid.

No podria con certeza asegurarse cuando tiene más encantos este aposento, si iluminado por los mil resplandores de las bujías y animado por el alegre bullicio de una fiesta, ó cuando en las horas del dia los rayos del sol encuentran una barrera en los visillos de seda roja que cierran los huecos de las ventanas, y solo dejan penetrar en la estancia una luz suave, sonrosada, que presta su encanto á todos los objetos y semeja una constante aurora. Es natural que quien á esas horas entra en esta habitación lo vea todo *color de rosa*, y aunque se halle en el invierno de su existencia se haga la ilusión de gozar de nuevo de la primavera.

El despacho del Duque es el cuarto que á continuacion de este se encuentra, y aunque en muchas casas esta habitacion es puramente de *lujo*, no sucede otro tanto con esta, á pesar del lujo con que está puesta, pues es bien notorio que uno de los muchos milagros que el Duque realiza es el de encontrar, además de la vida agitada que lleva como principal figura del Madrid elegante, horas y horas que dedicar á trabajos sérios, á la direccion de los asuntos de su casa y al movimiento político de Europa.

No detallaremos los muebles del despacho, aunque son muchos y tan ricos como los demás de la casa. Dos pequeñas librerías encierran unas cuantas obras que para tenerlas más á mano ha sacado el duque de la biblioteca del palacio donde se encuentran más de cuatro mil volúmenes y gran número de manuscritos y códices antiguos de gran precio.

Multitud de cuadros adornan las paredes; entre ellos el siempre admirado que lleva por título Las Primicias, picaresca concepcion del valencianomalagueño que todos hemos aplaudido, que todos queremos, de Ferrandiz, de ese pintor que lucha aún por encontrar otra idea que haga el pendant de la que consideraremos como sus primicias y su mejor obra. Una marina de Monleon, que con las brisas del mar refresca y vivifica la atmósfera á veces calurosa de aquella estancia. Un retrato ecuestre de la Duquesa de Alba, por Balacca; el de la eminente trágica francesa, Sarah Bernhardt, en el drama La Fille de Roland, debido al pincel del ilustre artista que ha sucedido á Pradilla en la direccion de nuestra Escuela de Bellas Artes en Roma, y un retrato de la infortunada hija de los Duques, la Srta. D.ª Isabel Falcó, que todos amaron, que todos lloran, que nadie olvidará, tierna flor que el cielo, celoso de su virtud, de su belleza, de su angelical bondad, arrebató á la tierra cuando apenas entreabria sus delicados pétalos al calor de los besos maternales.

En un rincon del despacho y sobre un caballete de terciopelo rojo, vése un gran cuadro al pastel, representando un niño de cuatro años vestido de marinero inglés y una niña de tres, con traje blanco, cariñosamente abrazados, sentados sobre unas rocas de las que brota un manantial de aguas vívas. ¿Por qué los ojos del Duque se humedecen al fijarse en este cuadro? ¿Por qué necesita hacer un violento esfuerzo para volver la vista á otro lado?

¿Por qué sus lábios al contemplar aquel precioso grupo murmuran palabras de inmenso cariño que el corazon pone en ellos? ¡Ah! es que son dos criaturas angelicales, es que nada puede compararse á la dulcísima expresion de los ojos de la niña, á la pureza de líneas de sus pequeños y torneados brazos, á sus mejillas y su boca de rosa, es que el aire protector del niño sosteniendo á su hermana sobre las breñas, atraen y cautivan las miradas.

Todo esto es cierto, si, mas no es esa la causa de la emocion del Duque al contemplarlos. Es que vé allí retratados dos pedazos de su corazon, es que son dos ángeles que con sus infantiles alas refrescan y embalsaman el aire que respira, es que siente aún sobre sus mejillas la impresion de los besos con que sus amorosos labios las cubren, es que resuena aún en su oido el eco de esas voces tan queridas que tienen para él más armonía y encanto que todas las músicas, es que todavía cree escuchar la alegre risa y las exclamaciones de regocijo con que saludan ambos su presencia, como en el árbol los tiernos pajarillos acojen con alegre y repetido piar la vuelta de sus padres, es que son sus nietos, en fin, los hijos de la señora Duquesa de Alba. Por eso, para que todos los vean, una lámpara hábilmente colocada refleja sus rayos en el cuadro é inunda de luz á los dos pequeñuelos, haciendo brillar la rubia cabellera de D.ª Sol como la del astro del dia cuyo nombre lleva; y es que el Duque quiere poder contemplar á todas horas á esos dos ángeles que cautivan y embelesan su alma, y bendecir á Dios porque en ellos le ha concedido la mayor de las riquezas, la más preciada de las venturas.

Las puertas-ventanas de estos salones dan acceso á una espaciosa estufa de cristales, llena de plantas raras y caprichosas que abren allí sus anchas hojas al abrigo de la atmósfera exterior.

En ella, como en toda la casa, abundan las obras de arte, y medio oculto en la enramada un Otello de mármol trata de disimular la mortal pasion que le consume, y ni los vivos ó delicados colores de las flores que á su lado inclinan su tallo, ni su suave perfume, ni la sombra que le ofrecen las altas palmeras, ni el dulce murmullo de la fuente logran amansar la dura expresion de su rostro, ni dulcificar la terrible mirada que fija en el pañuelo que tiene en su mano.

En uno de los costados de la estufa hay una ampliacion rectangular que sirve á menudo de comedor. El fondo de esta ampliacion esta formado por tres espejos colosales que reflejan la estufa, ofreciendo igual golpe de vista á los que frente á ellos se hallan en la mesa que el de que disfrutan los que se sientan á su espalda. Las paredes laterales están cubiertas de terciopelo bro-

chado carmesí y de ellas penden algunos platos antiguos de porcelana, de gran mérito.

Algo prolija ha sido esta descripcion, y si el lector se encuentra fatigado al llegar á este punto, culpe solo la pobreza de imaginacion de los que trazamos estas lineas, pues tenemos la evidencia de que corto, muy corto, le hubiera parecido el tiempo, si hubiera recorrido por su pié aquellos suntuosos aposentos, y eso que habria empleado muchísimo en admirar las riquezas que encierra el antiguo palacio de Cervellon.

De intento hemos dejado de hablar de esas mil y mil preciosidades de oro, plata ó porcelana que por doquiera y en ordenado desórden se ven sobre las mesas y étagères, de esos infinitos bibelots que sin tener uso alguno determinado, han llegado á ser indispensables en toda casa ricamente amueblada. Imposible hubiera sido describirlos todos ó siquiera enumerarlos, porque ¿quién puede describir las estrellas que bordan en la noche el manto azul del cielo, ni quién halla en su paleta los colores necesarios para reproducir las infinitas variedades de pintadas conchas que tapizan el fondo de los mares?

Ya hemos recorrido el palacio; conocemos sus habitaciones; pronto las veremos inundadas de luz, llenas de elegantes damas; para ello digamos antes algo de la sensacion causada por el anuncio del baile proyectado para el lunes de carnaval.

Todo el mundo elegante de Madrid conoce de sobra la esplendidez y buen gusto que caracteriza á los Sres. Duques de Fernan-Nuñez; todos saben que los bailes que se celebran en el suntuoso palacio de Cervellon, revisten un carácter de fastuosidad especial y hacen época en los anales de la vida aristocrática madrileña. Aún no se ha olvidado por completo el recuerdo de aquel célebre y espléndido baile de trajes del 1863, y los no menos espléndidos de sociedad de estos últimos años. La circunstancia de haber dejado recientemente el Sr. Duque de Fernan-Nuñez la embajada de Francia, el hecho de estar alejado su partido del poder, y no tener por tanto ocupaciones urgentes que en la política reclamasen su atencion, hacía esperar de su iniciativa y buen gusto, algo nuevo, que sacando de su cauce ordinario las rutinarias fiestas de la high-life madrileña, constituyese un paréntesis glorioso en la vida del gran mundo.

El deseo y esperanza concebidos se vieron realizados.

Hace más de un mes que se echó à volar la noticia de que se iba à celebrar un baile de trajes en el palacio de la calle de Santa Isabel, el cual sustituiria à los bailes de sociedad, que hace años y sin interrupcion alguna, se verifican por este tiempo en tan ilustre y rica morada.

El entusiasmo con que la noticia fué acogida es superior á toda ponderacion. Dado el carácter distintivo de nuestra actual sociedad, en la que el cansancio quita el entusiasmo primitivo, en donde el deseo de divertirse ha cedido el puesto al deseo de lucir y eclipsar, que cada uno tiene, en donde el lujo, el fausto y el esplendor son notas predominantes, y en donde el vacío fulgura y extiende sus alas tratando de acaparar con ellas algo nuevo, necesariamente había de ser bien acogida una idea que simbolizaba la novedad unida al buen gusto, al lujo y á la esplendidez, y que ofrecia á todos ocasion nueva de torturar su mente para resolver el difícil problema de asistir á dicho baile con el traje más á propósito y de mayor lucimiento, ocasion que brindaba especialmente á las damas, las que podian dar otra muestra de su elegancia y esplendidez.

La perspectiva no podia ser más brillante. Un baile en casa de Fernán-Nuñez es un sueño sonriente del que no se despierta hasta encontrarse allí, y en donde quisiera uno dormirse á la salida para seguir soñando. Un baile de trajes en dicha casa es más que un sueño, es una ilusion de toda la vida, es un cuento de hadas, una maravillosa descripcion de Las mil y una noches.

Todo, absolutamente todo, se puso en movimiento; modistas, sastres, pintores, zapateros, peluqueros, todo. Se revolvian las bibliotecas para buscar libros antiguos en donde inspirar el gusto de algun elegante traje; se consultaba á los pintores, á muchos de los cuales se les dejaba completamente vacío el guardaropa de trajes históricos que á ellos les sirven de modelo; se escribía á París, á Viena, á Lóndres; se registraba el vestuario del teatro Real y se solicitaban con afan grande los trajes de algunos artistas; ningun resorte dejaba de funcionar. La sociedad madrileña estaba loca. En las reuniones, en el teatro, en los casinos y hasta en los cafés, no se hablaba de otra cosa. La preocupacion y á la vez la curiosidad era grande. En el afan de escoger y en el deseo de llevar lo más bueno y lo más bonito..... porque nadie pensaba en llevar lo más barato, la imaginacion no cesaba de trabajar, y ante problema de tan difícil solucion las inquietudes crecian y con ellas aumentaba más y más la curiosidad y el deseo de que llegara pronto tan feliz y codiciado dia.

El telégrafo se ha llevado, muchos dias antes del del baile, funcionando sin interrupcion entre la villa del oso y el madroño y la capital de la vecina epública, sustituyéndose las cuestiones políticas y diplomáticas, por la hechura de un traje, color de una tela, adorno de un manto, etc., en fin, todo lo más rico de los almacenes de sedería traducido en signos telegráficos. Señora ha habido que se ha puesto al habla con su modista por espacio de algunas horas. El correo de Francia, el *expréss*, y todos los trenes que hacen el servicio de viajeros entre las dos naciones que dividen los Pirineos, conducian sin cesar multitud de cajas que encerraban elegantes trajes, y con ellos la ilusion y la dicha de muchísimas damas, y á buen seguro que al destaparlas, saldria de su interior un suspiro que involuntariamente se escaparia de la modista que hiciera su confeccion.

Las principales modistas de Madrid y París no se han dado un punto de reposo; los zapateros no tenian material suficiente para dar abasto á tanto pedido; los peluqueros preparaban sus pelucas y confeccionaban magníficos tocados nuevos; en fin, los mil resortes que el capricho tiene cuando á sus puertas llama el oro que no regatea, y la mujer que no cede hasta ver cumplido su deseo, constituían una máquina tan complicada que en un solo mes que ha estado funcionando ha sacado de su letargo á muchísimos nobles, ha satisfecho el deseo de muchísimas damas, y ha enjugado las lágrimas de muchos desgraciados, no cesando un momento de derramar el oro entre las clases trabajadoras y los menesterosos.

El dia del baile llegaba, y los más afamados peluqueros de París venian á nuestra córte llamados y solicitados por las más elegantes damas. Alguna ha habido que no satisfecha de encargarse el traje en Francia, ha hecho venír á la modista para que se lo probara y corrigiera sobre el figurin natural, los defectos que pudieren haber pasado desapercibidos.

A pesar de que á última hora aumentan las inquietudes, pues no todos los trajes están á punto, y se descubren con facilidad defectos que no se habian visto ántes; por fin, corregidos éstos, y satisfechos todos que aquellos personajes que al cambiar de traje significaban una posicion distinta de la que ocupaban actualmente, poniéndose los abrigos y metiéndose en los carruajes, son conducidos por éstos á la calle de Santa Isabel, en donde un vivísimo resplandor que salia de los balcones del palacio Cervellon y una elegante orla de gas que á guisa de penacho coronaba los balcones del piso primero, anunciaba de una manera positiva la suntuosa fiesta que dentro se celebraba. Los coches á pesar de haber acudido media hora antes de la que citaba la invitacion, formaban una fila interminable, á la que daba guardia de honor, por decirlo así, una compacta y apiñada muchedumbre que ávida de descubrir y ver por si misma algun traje raro ó tocado caprichoso, dirigia con cu-

riosidad sus ojos al interior de los carruajes, retirándolos acto contínuo cegados por el fulgor que despedian los brillantes de las damas que los ocupaban.

Penetran los coches en el suntuoso portal, dejan su preciosa carga al pié de la escalera y se retiran enseguida temerosos de convertirse tambien en personajes para ellos mitológicos, ó pensando tal vez, en que su posicion social no les permitía gozar del encanto que indudablemente disfrutarían sus amos.

THAS US VIS

near poduji su nastiento a jest sa cuota cinora in on sanovanji nilas na mital

are discounting to combinate depart mode more flags, por stacks consis-

Ministeria inscriber on all materials described as pendions of the said

#### EN EL BAILE

Apenas los invitados dejaban el carruaje y subian por aquella anchurosa y elegante escalera, siendo saludados al pasar por los criados de la casa, que ostentaban orgullosos la librea de gala color verde y rojo, encontrábanse en primer término con un personaje de airoso porte y noble continente, cuya vista hacia evocar recuerdos añejos, que no por pertenecer á la historia, dejan de estar perennes en la imaginacion. Su traje consistia en jubon y gregüescos de terciopelo negro y violeta, con vistosos y ricos botones de brillantes, preciosas calzas de seda, el toison de oro propio de la época, y un magnífico joyel que sujetaba la pluma del sombrero. Aunque con este traje representaba al terrible rey D. Felipe II de Austria, sabido es que el Duque de Fernan-Nuñez, pues él era el que lo llevaba, no tiene nada de aquel, á no ser que como el sol no se ponia jamás en los dominios del rey tirano, tampoco se pondrá ahora en los países donde se conozca y recuerde el baile del 25 de Febrero.

Aun cuando cautivaban la amabilidad y finura con que el Duque os recibia, algo ocasionaba el hecho de permanecer breves instantes á su lado, y este algo poderoso y tentador, era la vista de una noble y elegantísima dama del tiempo de Luis XIV, cuyo vestido, copia exacta de un retrato de una de sus bisabuelas, y confeccionado de un modo maravilloso por Worth, consistia en una falda de brocado de oro, sobre la que caia otra de brocado azul zafiro con delantera de encajes antiguos. El cuerpo, cuyo escote era cuadrado, lo formaba un peto de brillantes, y las mangas eran de los mismos riquísimos encajes de la falda. No podia haber escogido la Duquesa de Fernan-Nu-

ñez traje más á propósito, ni nunca traje igual fué llevado con mayor majestad y airoso donaire.

Despues de cumplido el primer deber de cortesía, la perplejidad se apoderaba de vosotros enseguida. Y en efecto; ¿dónde dirigiros en medio de aquella Babilonia encantada? ¿Dónde posar la vista con fijeza siquier fuera un instante, si hay tanta maravilla que la reclaman de contínuo, que la cansan y la ciegan? Sin saber cómo ni cuándo, despues de recorrer el palacio, nos encontramos otra vez en la antesala, y aún cuando el primer impulso fué volver pasos atrás y dirigirnos á las habitaciones interiores, un murmullo de admiracion, que se escuchó en el acto, y que á buen seguro resonó en todo el palacio, nos hizo detener y mirar hácia la escalera.

Por ella subia la duquesa de Osuna.

Llevaba túnica de raso rosa con adornos de gasa tejida en oro, y encima caftan de raso azul con mangas perdidas y bordadas asimismo del precioso metal. Por delante caia una écharpe de gasa negra cuajada de gruesas perlas, con inscripciones bordadas en oro, que debian decir: Sólo ella es vencedora.

El peto formaba una verdadera coraza de valiosas piedras, que lanzaban rayos al ser heridas por la luz.

Rodeaba la hermosa cabeza uno á modo de ligero turbante de gasa, que terminaba en corona de grandes esmeraldas, y sobre la tersa frente caia un cintillo de brillantes con perlas de forma aperaltada. Del turbante pendian asimismo ocho hilos de hermosas perlas, á la oriental, y en el cuello dos collares, uno de magníficas esmeraldas y otro de brillantes y perlas.

Una esmeralda de colosal tamaño sujetaba en la cabeza el *sprit*, signo de la soberanía musulmana.

Su triunfo fué completo, y en verdad que el traje lo merecía.

Al encuentro de la Reina de Granada, salió la encantadora Fátima á rendirle pleito homenaje, y las alabanzas que le prodigara serian tan verdaderas como aquellas tiernas oraciones que la inocente mora dirigia á un sér cuyas excelencias ignoraba, pero á quien presentia ya dentro de sí por ser el Dios de su enamorado Aurelio.

Esta Fátima no era otra que la Marquesa de Villamantilla. Su traje era precioso; un conjunto de ricas telas bordadas de oro y pedrería lo formaban. Los colores celeste, blanco y rojo, confeccionados en raso con encajes; las mangas de tul que dejan en completa desnudez los torneados brazos, que á intervalos cubren los brazaletes de brillantes y turquesas; el cabello trenzado con perlas y coronado por un turbante de rojo terciopelo con una media luna de brillantes, y finalmente, el velo de encaje de Venecia, formaban un con-



junto tal, que si entonces la hubieran visto en Constantinopla, de fijo no conocen en ella á su antigua embajadora española, pero hubieran creido que el Profeta les enviaba por arte de encantamiento, á alguna de las huríes del soñado paraiso musulman.

Permanecimos algunos instantes al lado de la escalera, y en verdad que no fueron desaprovechados, pues sucesivamente fueron subiendo y á la vez sucesivamente fuimos admirando sus trajes á la Baronesa de Goya-Borrás, de Mad. de Maitenon; á la señora de Bassecour de Chacon, vestida de griega y acompañada de su hija, en quien conocí á una linda Margarita; este traje llevaba tambien, y no estaba ménos bella, la señorita de Lemery; á la señora Sholz de Soriano, de Incroyable, á la Duquesa de Veragua, de maja, del tiempo de Goya, por cierto, que si éste hubiese podido verla, la escoge para modelo, de seguro; á la Condesa de Romreé, de dama de Trefles, y á María Puerto-Seguro, vestida de Clotilde, reina de los franceses.

De buena gana hubiéramos permanecido donde estábamos por más tiempo, que como punto de observacion no tenia precio; pero cansados de estar de pié, y comprendiendo que aquellos momentos primeros del baile eran los más á propósito para descansar, por no ser considerable todavía el número de personas que por los salones circulan, y por entretenerse los que van llegando en dar una vuelta á todo el palacio, que á pesar de tenerlo muy visto, recorren con gran satisfaccion, y parodiando en su interior las palabras de Don Juan Tenorio en el cementerio, cuando encarándose con las esculturas mortuorias les decia:

#### Ya estoy aqui, amigos mios;

dirían sin duda alguna; «ya estoy aquí otra vez, palacio encantador, que brindas á los que te visitan con las maravillas más grandes que encierra morada humana;» á cuya salutacion interna les contesta la afable bienvenida de los Duques, que es la llave que acaba de abrirles la puerta de la dicha.

Conforme el tiempo trascurria, aumentaba considerablemente el número de antiguos é históricos personajes que acudian llenos de júbilo y contento al galante convite de los Condes de Cervellon.

Por delante de nosotros pasaron, y al pasar los conocimos por sus caras, pero los desconocimos por sus trajes, la condesa de Altamira, que representaba admirablemente á Isabel de Inglaterra; la condesa de Villalba, de marquesa de los Llanos; la marquesa de los Ulagares, de princesa Lamballe; la condesa de Ripalda, de marquesa de Cascajares; la condesa de Atarés, de dama veneciana; la señora de Baüer, de Carlota Cordai; la condesa de Munster, de Valentina de Los Hugonotes; la condesa Dobwski, de época de Luis XV;

la condesa de Bernard, de Margarita de Navarra; la marquesa de Barzanallana, de Elena Fournet, que fué segunda mujer de Rubens; y asimismo otra infinidad de elegantes damas y apuestos caballeros, unas y otros muy conocidos en el gran mundo, todos con ricos trajes, todos luciendo valiosas preseas, y tal y tan maravilloso era el efecto que su vista producia, tal mágico poder fluia sin cesar de aquel continuado y rico cordon de personajes nobles, y disfraces caprichosos, que doquiera dirigia uno la vista, quedaba fascinado, y deseando ardientemente dar una pequeña idea á los lectores de aquel sorprendente espectáculo, idea que aunque pequeña, sirva para formar cálculo tambien pequeño de maravilla tan grande; comprendemos la impotencia del escritor que no puede dar cabida en las desaliñadas líneas que traza, de todo lo que vé, no teniendo más que la pluma que se para y no escribe á veces, y la imaginacion, que cuanto mayor es el número de ideas que en ella se anidan más desbordamiento causan para poder conseguir con facilidad la lógica y razonada union de ellas.

Nos dirigimos al salon amarillo, donde era natural pasasen los Reyes á su llegada, para dirigirse al del baile, y difícilmente podíamos dar un paso en él; tanta era la gente que acudia atraida por la misma idea de ver á Sus Majestades y presenciar el desfile de las comparsas. Allí estaban la marquesa de Roncali, con traje de córte, del tiempo de Francisco I; la condesa de Casa-Valencia, de Mad. de Poligni; la señora de Gustavo Ruiz, de Reina María Luisa; la de Castro-Serna, de Lucrecia; su hija, de Margarita del Fausto: la de Coquilla, de Violeta; la de Ayerbe, de Incroyable; la señora de Comyn, del tiempo de Cárlos IV; Mad. Weille, de dama de la córte de Luis XIV; la señora de Arcos, de Mosquetera; la de Ayllon, de dama de Watteau; la de Aguilar de Campóo, de dama de Luis XV; la Srta. de Flores Calderon, de Merveilleuse: la vizcondesa de Irueste, representaba á una de las principales figuras que brillaron en la famosa época del Directorio en Francia, á Mad. Tallieu: la de Gargollo, con magnifico traje del tiempo de Luis XIV; este es, sin disputa, uno de los más ricos que lucieron en el baile, y su artístico peinado de severa y correcta propiedad, confeccionado por un famoso peluquero parisien, llamado expresamente para dicho objeto.

Salimos á la galería, donde era tal la afluencia de gente, que hubo momentos en que se temió cediera al peso que sobre sí tenia.

En su centro, y formando dos filas, estaba una compañía del regimiento de Lanzas Fijo de Sicilia, que la componian sócios del *Veloz-Club*, esperando la llegada de S. S. M. M. para hacerles los honores debidos. Su organizacion era esta:

- Capitan, Sr. D. J. Casani.—Abanderado, Sr. Armero.—Pífano, Sr. Verda.—Tambor, Sr. Quesada.

Guardias.—Sres. Giron, José Heredia, Fernando Heredia, J. Cort, J. Marin, Fernando Soriano, Antonio Soriano, Vizconde de Benaesa, Vizconde de Irueste, Vizconde de la Torre del Luzon, Conde de Villalba, Guillermo Osuna, Santiago Udaeta, Bagowout, Juan Valdemoro y Mariano Agrela.

El traje que llevaban era muy bonito y de mucho efecto. Consistia en una elegante casaca blanca con anchos galones de plata, y vueltas encarnadas; el calzon es blanco y las medias encarnadas. Llevaban además una bonita corbata de encaje, un lazo en el hombro derecho y chupa del color de las vueltas de la casaca, sombrero tricornio y alabarda antigua. El conjunto era elegantísimo.

Apenas hacia unos instantes que habíamos salido á la galería, los precisos para examinar á la ligera la compañía descrita, cuando los armoniosos acordes de la marcha real anunciaron la llegado al palacio de los Reyes.

Los Duques de Fernan-Nuñez bajaron á recibirlos al pié de la escalera, y al descender los régios visitantes de los coches, S. M. el Rey dió el brazo á la Duquesa, y la Reina tomó el del Duque. Detrás iban, la infanta D.ª Paz con su augusto esposo el príncipe de Baviera, y las damas duquesa de Medina de las Torres y condesa de Superunda. Al llegar esta comitiva á la galería, los alabarderos de Sicilia presentaron las alabardas, y el Sr. Armero desplegó la bandera, que tenia bordadas las aspas de Borgoña, y un lema que decia: «La compañía de Sicilia á su organizador, el Duque de Fernan-Nuñez.»

Despues, abriendo paso á las reales personas, las siguieron tocando la marcha real y dándoles guardia de honor. Pasando por el salon amarillo, llegaron al de baile, que hasta este momento habia permanecido cerrado, en donde se improvisó una barandilla de cordones de seda que descansaban sobre pedestales forrados de terciopelo, colocados de modo que quedara un anchuroso espacio en el centro donde se pudiera bailar el rigodon de honor, que bailaron: el Rey con la Duquesa de Fernan-Nuñez, teniendo por vis á vis á la Reina y al príncipe de Baviera; y la infanta D.ª Paz con el Duque de Fernan-Nuñez, que á su vez tenian enfrente á la señora de Bludorm y al marqués de Casa-Irujo.

Mientras este se bailaba, pudimos examinar los trajes de las personas reales.

El rey D. Alfonso vestia de capitan general sin banda alguna y con tres cruces.

La reina Cristina lucia un magnífico traje de dama del siglo xvIII. La falda,

que era de raso color blanco y rosa, estaba adornada de capullos de rosas y brillantes, y un riquísimo joyel colocado en el hombro sujetaba el manto de un color verde musgo, que en elegantes pliegues caía sobre el vestido. En el cuello llevaba un cintillo de brillantes sobre fondo de terciopelo negro, y en su empolvada cabellera un lindo bouquet de brillantes y plumas, que terminaba en un sprit.

Vestia D.ª Paz un traje del tiempo de Luis XV, cuya falda color rosa, estaba cubierta por delante con riquísimos encajes. En el pelo, tambien empolvado, un broche de brillantes sujetaba las plumas de color rosa igual al delvestido.

El príncipe de Baviera de la época de Cárlos V, llevaba jugon y gregüescos de color grana bordados en oro; del mismo color era la pluma que llevaba en el fieltro, y las botas, muy altas á usanza de aquel tiempo, eran de gamuza.

La duquesa de Medina de las Torres y la condesa de Superunda, iban de damas del siglo xvIII. La primera lucia un precioso traje de corte color morado, y la segunda, uno no ménos elegante de dama enlutada.

Terminado el rigodon de honor, los monarcas y real familia, sentáronse: en magníficos sillones de terciopelo, que colocados enfrente de la orquesta, les permitiera ver el desfile de las comparsas que se iba á verificar. El aspecto del salon en este momento era sorprendente; toda la multitud se habia agolpado allí, teniendo los guardias necesidad de contener su impulso, para dejar expedito el semicírculo central.

Abrióse de pronto la puerta que comunica con la galería, y penetraron en el salon las comparsas que habian estado aguardando pacientemente este momento en las habitaciones de la Duquesa.

La commedia dell'arte.—Sus principales figuras las inmortalizaron comediantes italianos del siglo xvi, porque á fuerza de representar grotescas pantomimas con singular gracia y donaire y más que regular licencia, hicieron célebres los nombres de Colombina, Pantalone y capitan Spavento.

Pero la compañía que salió al salon de baile del palacio de Fernan-Nuñez, se la podia dar con más propiedad el nombre de compañía de la belleza, el lujo y la elegancia, artisticamente combinados, que es lo único que del antiguo arte tenian. Si los comediantes antiguos levantaran la cabeza, se hubieran quedado mudos de espanto al verse representados por lo más noble de aristocrácia española; y si aquellas comediantas, cuya belleza la realzaba únicamente su génio desenvuelto y picaresco, hubiesen podido admirar la correccion de formas y delicadeza de líneas de las que aquella noche desenterraron del polvo del olvido sus pobres y oscurecidos nombres, y las hubiesen podiciones de la seguidad de la seguidad

sen visto con sus propios trajes sellados por la mano del lujo y del arte, alternar con reyes y con toda aquella brilante corte de personajes nobles, hubieran creido indudablemente que la locura batia sus alas sobre el palacio de Cervellon infestando con su terrible mal á cuantos dentro de él se encontraban.

Y en verdad que tal pensamiento no hubiera distado mucho de la realidad; pero en lugar de una locura tétrica y repugnante, que inspirara horror y de la que hubiera necesidad de alejarse prudentemente para que no se cebara en uno, la locura que allí habia era franca y alegre, exuberante de dicha y de ventura; era una locura que tenia por principales componentes la majestad y la belleza, el talento y el lujo, y al combinarse de mil maneras y bajo distintas formas, emanaba tal encanto de sí mismo aquel variado conjunto de personas igualmente nobles y elegantes y muchas superiormente bellas, que locura y locura temeraria seria pensar siquiera en realizar otra vez aquel conjuro lanzado á la sociedad por la duquesa de Alba, sin poseer un palacio, una fortuna y una posicion como la de sus padres, uniendo á esto ese no se què especial de la hija, que encanta y seduce y que tan especial y especialísimo es, que no hay definicion que lo abarque, ni pensamiento que lo encierre en sus estrechos límites.

Pero á todo esto avanzaban por el salon formando elegante pareja Coralina y Bertramo. Y al ver á aquella con un traje color carmesí y gris con volantes de encajes, y á éste con jubon y gregüescos de terciopelo verde oscuro, podria al principio zonfundírselos con antiguos comediantes á quienes representaban; pero fijándose en el altivo y noble continente de ambos, en los brillantes y plumas de Coralina, y en el murciélago que con imperial corona bordada en oro, llevaba en el pecho Bertrame, hubiera dicho quien no los conociere que se trataba de dos altos y nobles personajes, y el que otra vez los hubiera visto diria que Coralina era la infanta doña Isabel y Bertrame el marqués de la Mina, primogénito de los Duques de Fernan-Nuñez, y no se hubieran equivocado al decirlo porque ellos eran en efecto los que rompian la marcha de la comparsa que representaba á la comedia del arte.

Seguia la infanta doña Eulalia, que era por aquella noche y de una manera ficticia la linda soubrette Colombina, no menos linda, pero sí más elegante y airosa. Su traje era de gró, colores verde-musgo y rosa, en la cabeza llevaba una gorra tambien de gró, y uno y otra adornados por lazos encarnados. El duque de Tamames, ó capitan Spezzáferro, era su pareja. Llevaba coleto amarillo, mangas y calzas color cobrizo, fieltro con plumas roja y gris, capa de este último color, botas altas, rica joya que sujetaba al hom-

bro la capa y una lujosa y bien templada espada que llamó la atencion de todos.

Mad. Stuers hacia una hermosísima *Fiorinetta*. Su traje era de color malva y terciopelo carmesí con cuchilladas de raso blanco. El marqués del Castrillo que era su caballero, representaba á *Pantalone*, y llevaba un traje de rico hombre florentino del siglo xv, y tan propio y tan bien llevado, que sin disputa era uno de los mejores que allí se lucieron.

Al ver á Silvia, se reconocia á la elegante condesa de Villagonzalo bellísima como siempre. Su traje de color rosa y blanco era precioso; el peto era una especie de coraza de brillantes, y la parte delantera de la falda estaba primorosamente bordada en plata. El manto á la *Pompadour* era de gró color rosa, y en la cabeza llevaba plumas de este color sujetas por magnificos broches de brillantes. Iba acompañada por el marqués de Castel-Moncayo que hacia de enamorado Leandro, y en verdad no nos hubiera extrañado que se posesionara mucho de su papel, porque cualquiera se enamora de veras de su pareja. El traje que llevaba Felipe Fernan-Nuñez era todo el de raso blanco, acuchillado con raso color gris perla y salpicado de brillantes. El sombrero de fieltro tenia un precioso joyel que sujetaba la pluma, y circundábale un cintillo de záfiros y brillantes.

La duquesa de Alba representaba á Isabella, y estaba hermosísima. Su esbelta figura noble y distinguida, su andar majestuoso, su rara belleza, y sus correctas facciones animadas por esa chispeante gracia que tan habitual le es, estaban adornadas y le daban más realce, por una expresion de triunfo que emanaba de ella y que no trataba de ocultar. Y en verdad que razon tenia para estar orgullosa. Todo aquello que la rodeaba era obra suya, puesto que suya fué la idea que nació primero y que fué tan prontamente pensada como instantáneamente realizada. Ella retó á la sociedad elegante de Madrid á que en breve y perentorio tiempo acudiese al palacio de sus padres, prévia invitacion de éstos, con una significacion social distinta de la que tenian y que necesariamente habian de buscar entre los personajes antiguos que más fuesen de su agrado, ó que más cuadrase á sus figuras y continentes. Ella, por lo tanto, habia revuelto á todo Madrid, teniéndole por espacio de un mes en una espectativa de curiosidad grande; ella habia hecho funcionar todos los resortes del arte, el lujo y el capricho, y ella, en fin, ha hecho circular de una manera considerable cantidades fabulosas, que al pasar por la infinidad de manos que habrá pasado, iria dejando en cada una la huella de su paso y la riqueza que consigo lleva esta huella. Justo es, pues, que estuviese orgullosa y satisfecha la duquesa de Alba. El traje que llevaba y con

el cual representaba á *Isabella*, aquella pobre comedianta á quien nadie conocia hasta que la condesa de Siruela la ha sacado del olvido en que yacía,
era de color rosa y malva con cuello de encajes, el manto de color malva
tambien, estaba sujeto por una rica joya. Su precioso escote estaba materialmente oculto bajo una red formada por listas de gruesas perlas. En la cabeza
una gorra de terciopelo carmesí con plumas rosas, sostenian una magnífica
corona ducal de brillantes. Iba con el vizconde de Linares que llevaba un
bonito traje de estilo Enrique II.

La vizcondesa de la Torre de Luzon personalizaba á *Cantatrice* y estaba encantadora. La falda de raso blanco bordado, sobre la que caian aldetas de terciopelo rojo forradas de raso color cereza, era de un efecto precioso. De la cabeza, que adornaban plumas y brillantes, caia un finísimo velo de encaje que se plegaba en elegantes ondulaciones á la falda. Pero las piedras preciosas que llevaba quedaban oscurecidas por el brillo de sus ojos.

Daba la mano al conde de Gomar, que iba en traje de Giangurgolo.

Hacia de Comedia la condesa de Peña-Ramiro, y lo mismo fué aparecer en el salon, cuando un general y prolongado murmullo de admiracion que resonó en todos sus ámbitos, iban escribiendo sobre la falda amarilla de su traje esta palabra: Éxito. Y fué completo el que obtuvo, porque estaba preciosa. Su caballero era el conde de Crescente, que llevaba el negro traje de Dottore, y que en su aire y en su modo de andar se conocía que estaba satisfecho de llevar tal y tan hermosa pareja.

De *Bernetta* iba la marquesa de Castrillo, con traje de dama del siglo xvi. La falda era de raso blanco, y la sobrefalda de terciopelo verde. En el cuello llevaba una rica joya, y la cabeza cuajada completamente de perlas. D. Emilio Heredia, que era su caballero, iba de *Fritelino*.

Pedrolina, que no era otra que la elegante y linda marquesa de Belbœf, vestia traje de Pierrette, de rico raso blanco con preciosos bordados de oro, y nunca Pierrette alguno ocultó bajo los pliegues de su traje figura más encantadora; Pedrolino era el conde de Benalúa, con traje de los mismos color y bordados que su pareja.

La señora de Silvela iba de *Arlechina*, y su traje era de color amarillo, encarnado y negro; D. José Xifré iba de Arlequin, vestido por cierto con mucha propiedad.

La señora de Xifré representaba á Ballerina, con vestido blanco bordado de oro, recogiendo la falda un cordon, el cabello suelto y una pandereta en la mano. Si le ocurrió el pensamiento de parecer más bella que de ordinario, aquella noche trabajo le costaria conseguirlo. Su pareja era Enrique

Crooke, con traje de halconero de la Edad Media, representando á Fichetto.

Doña Joaquina Osma de *Rossina*, con traje negro y rojo adornado de encajes y medallas de oro. Daba la mano á D. Andrés de Henestrosa, que iba de *Scaramuzza*.

La duquesa de San Cárlos ó *Flamina*, llevaba un traje de dama del Directorio, y D. Luis Perez del Pulgar de *Mazzetino*, con traje de caballero del siglo XVII.

Finalmente; *Pulcinella*, la representaba D.ª Concepcion Heredia, y el conde de Cumbres-Altas, su pareja, á Peppe-Nappa.

El bastonero de la comparsa descrita, era el Sr. D. Manuel Escandon, que llevaba un baston con las máscaras cómica y trágica.

Acto seguido, penetró la comparsa del siglo xvIII, que la formaban sólo jóvenes solteras por el órden siguiente:

María Salabert, con Miguel Castro; Mercedes Chacon, con Vicente Portago; Pilar Caro, con Juan Sandoval; María Aguirre, con Paco Silvela; Mildred Potestad, con el marqués de Castelar; Fuencisla Quirós, con el conde de Guendulain; Lucía Azores, con el conde de San Roman; Adela Crooke, con Alfonso Guzman; Josefa Mitjans, con el duque de Santoña; Enriqueta Guzman, con Rafael Echagüe; María Sandoval, con el conde de Valverde; Cármen Diaz de Mendoza, con Rafael Bernar; Amparo Quirós, con el marqués de Monasterio, y Joaquina Chacon, con Fernando Sartorius.

Precedia á esta comparsa, dirigiéndola el conde de Haro, que llevaba alto baston ó *pértiga*, con el gorro de la locura, los sonajeros y la careta.

Los trajes de las señoritas de esta comparsa eran *Pompadour*; y el de los caballeros *Pierrots*. Una vez verificado el desfile, bailaron ambas comparsas un ceremonioso y complicado rigodon.

El efecto de las comparsas fué indescriptible, superior á toda ponderacion; habia que verlo para formarse idea exacta de ello, pues ni los colores del más hábil pincel podrian trasladar al lienzo aquel conjunto tan maravilloso, ni mucho ménos la pluma que tiene que declararse impotente para estas cosas, y al intentar reseñar cuadro semejante, no consigue uno más que enloquecerse describiendo, y producir en el ánimo del lector el efecto contrario de aquel que uno se habia propuesto.

Despues del desfile de las comparsas, se estableció ese delicioso desórden que hay en todo baile. Las parejas jóvenes no se daban un punto de reposo tocante á bailar; muchos salian á la galería y á la estufa á respirar ambiente más fresco que el de los salones, los hombres marchaban á las habitaciones de fumar á hacerlo á sus anchas, y aprovechar los políticos aquellos momen-

tos de verse juntos para echarse en cara alguna que otra inconsecuencia, ó bien para concertar planes sobre el porvenir; parejas que huian del bullicio general y se retiraban al solitario salon de los Goyas, con objeto de decirse cosas que se están diciendo todos los dias y á las cuales nunca les llega el fin. Era un desórden completo, pero un desórden delicioso y encantador, en donde la etiqueta y cortedad de los primeros momentos, han cedido el puesta á la alegría y franqueza, y en donde todos, absolutamente todos, gozan del espectáculo de verse y admirarse unos á otros, en trajes completamente distintos de los que habitualmente llevan.

Aprovechando la confusion general, nos dirigimos á un gabinete atraidos por un vivísimo resplandor que de allí salía. Llegamos sin saber que podria ser aquello, y... vimos á una preciosa muchacha vestida de Sol, y cuyos ojos eran otros dos que podian competir con el astro del dia. Nosotros no podemos describir á nuestros lectores el traje, y tampoco diremos que era bonita la que lo llevaba, ni que sus ojos despedian chispas; pero baste saber que, cuando á poco rato desapareció internándose en la cercana galería, el gabinete donde estábamos quedó á oscuras, y solo se percibia un resplandor lejano, que como aurora luminosa, dejaba trás sí la huella de su paso.

Del éxtasis eu que nos quedamos, vino á sacarnos una figura arrogante y bella, que pasó rozando por nuestro lado. Era la marquesa de la Laguna. Su precioso traje oriental de color azul, encarnado y amarillo, formaba caprichoso conjunto con los bordados de oro que lo cubrian, y daban doble realce á su bella figura y á su incomparable cuerpo; el corpiño era una verdadera y magnífica coraza de brillantes de un valor inmenso; en el cuello llevaba seis hilos de perlas, y en la cabeza magnificas joyas, sobre todo una soberbia corona que en su centro tenia una media luna de brillantes de gran tamaño. Se ha calculado que las joyas que componian el tocado de la marquesa de la Laguna, valdrian de seis á ocho millones de reales. Con este traje oriental, resultaba una belleza tambien oriental, y en verdad que no necesita jojas para poder llamar la atencion, pues sabido es que siempre brillan más sus ojos que los brillantes que se pone, y que el fulgor de las piedras preciosas que componen su tocado, no logran nunca oscurecer por un momento el efecto que causa su espléndida hermosura exuberante de vida y juventud.

Seguíamos todavía contemplando en nuestra imaginacion á la marquesa de la Laguna, á pesar de hacer rato que habia desaparecido, cuando un murmullo de admiracion vino á sacarnos otra vez del extásis que nuevamente nos embargara. Este murmullo lo produjo la vista de la marquesa de

Molins, que iba vestida de doña Juana la Loca, y habia tal semejanza en todo su traje, peinado y tocas, con la doña Juana del famoso cuadro de Pradilla, que cualquiera hubiera creido era la misma que se habia escapado del
lienzo para gozar de una noche de expansion, habiendo dado trégua al dolor
con que el pintor la hace contemplar los restos de su difunto esposo. Indudablemente, como traje confeccionado con propiedad exquisita y elevado
gusto artístico, fué uno de los mejores.

Recorrimos todavía algunas habitaciones más, y fuimos examinando otros pocos trajes, pero esta vez cedimos la preferencia al sexo fuerte, y así pudimos ver y contemplar al marqués de Monasterio, hijo de la duquesa de Medina de las Torres, que llevaba un precioso traje de *Pierrot* de terciopelo negro con vivos azules y lazos del mismo color sujetos por brillantes.

Salvador Bermudez de Castro, marqués de Lema, título que hace poco y por muerte del duque de Ripalda ha heredado, iba vestido con un magnífico traje de caballero del tiempo de Luis XVI, ostentando en la chupa y bocamangas bordados primorosísimos. José Argaiz, de Enrique IV de Francia; Santiago Lirio, de Raoul; Enrique Peñalver, de Muscadin; Paco Ansaldo y Rafael Viesca, de Vasco de Gama; Luis Drake, de conde de Nevers; el marqués de Casasola, de Montero del siglo xv; Cayetano Alvear, de Oficial de la guardia amarilla; Escobar, de Almaviva; Alfonso Molins, de traje de caza de Enrique IV; y así por este tenor infinidad de personajes antiguos representados por personajes modernos, y que de buena gana copiaríamos todos si no fuera por no cansar la paciencia del lector, y por que tambien se resiste á ello la infiel memoria que no se acuerda de todo lo que ha visto.

En tanto la orquesta no cesaba de ejecutar piezas escogidas para baile, y para que puedan formarse una idea aproximada los lectores, les damos á continuacion el programa completo de las piezas musicales ejecutadas:

1.ª quadrille. D'Amor, Les Francs, Tireurs	STRAUSS.
A la entrada de las comparsas, Marcha del Sueño de	
	MENDELSSOHN.
2.ª quadrille. La Korriganne	ARBAN.
1.° wals. Hoja volante	FLIEGE.
	ARBAN.
2.° wals. Laura	C. MILLOCHER.
4.ª quadrille. Le Cœur et la main	ARBAN.
3.º wals. Scénes de la mar du Nord	STRAUSS.
5.ª quadrille. Le Jour et la Nuit	ARBAN.
4.° wals. Lagunen	STRAUSS.



6.ª quadrille. Gilette de Narbone	MÉTRA.
5.° wals. Avec plaisir	STROLB.
1.ª polka. Souvenir de Bade	E. STRAUSS.
7.ª quadrille. François les bas Bleus	Dufour.
6.° wals. Joli Printemps	STRAUSS.
8.ª quadrille. La Fille du tambour major	ARBAN.
7.° wals. Au Moulin de la forêt	KAULICH.
9.* quadrille. Le Fince Charmant	MÉTRA.
8.° wals. Piosen aus den Sûden	STRAUSS.
Cotillon.	

El 2.º y 4.º wals han sido remitidos expresamente de Viena para este baile, y segun oimos decir, al dia siguiente, martes de Carnaval, habian de ser ejecutados por primera vez en el Palacio Real.

En un momento de descanso bajaron SS. MM. al comedor, dispuesto en la serre del piso bajo. S. M. el Rey daba el brazo á la dueña de la casa, y el Duque de Fernan-Nuñez á la Reina Doña Cristina; seguíanles la Infanta Doña Isabel, á quien ofrecia su brazo el Sr. Ministro de Estado; la Infanta Doña Eulalia, del brazo del Presidente del Consejo de Ministros; la duquesa de Medina de las Torres con el ministro de Méjico, decano del cuerpo diplomático; Lady Morier, á la que daba el brazo el Sr. Ministro de la Guerra, y la condesa Dubsky con el Sr. Sagasta.

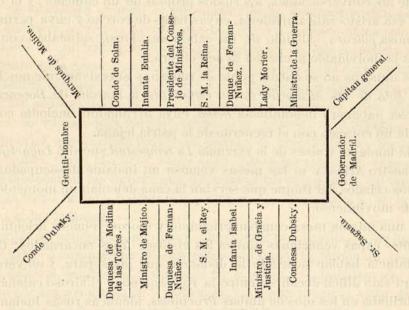
Tuvieron asimismo la honra de sentarse á la mesa de honor el conde Solms, el marqués de Molins, el conde Dubsky, el general Terreros, el conde de Toreno y el marqués del Salar, Gentilhombre de S. M.

Además de las indicadas personas, merecieron la distincion de acompañar á SS. MM. al comedor, cenando en diferentes mesas: la condesa de Puñonrostro, la marquesa de Molins, madame Stuers, la marquesa de Bogaraya, la señora de los Estados-Unidos, la condesa de Toreno, la duquesa de Osuna, la señora de Antequera, la condesa de Tejada de Valdosera, las señoras de Pidal, de Silvela y de Martinez Campos, y los señores ministros de Marina, de Hacienda, de Fomento, de Ultramar, de los Estados-Unidos, de Turquía, del Brasil y de Suecia y Noruega, los marqueses de la Vega de Armijo, de Bogaraya y de Peña Plata.

La suntuosa mesa, dispuesta en el espacio descrito en la primera parte de este folleto, presentaba un aspecto por demás sorprendente.

Oculta tras una espesa cortina de ramaje la orquesta de bandurrias que dirige el reputado artista D. Manuel Mas, saludó la entrada de SS. MM. y AA. RR. en la *serre* con los acordes de la marcha real.

Cada cual ocupó entonces su puesto á la mesa de honor, en la forma siguiente:



En los elegantísimos menus de la cena se leia:

## CHAUD

Consommé de Volaille.

Suprêmes aux Pois.

Asperges en Branches.

Dinde truffée à la Périgord.

## FROID

Saumon Mayonnaise. Jambon à l'Espagnole aux œufs filés. Pâté de Foie-gras à la Gelée. Salade à la Russe.

Gâteau Pastafrole.

Glace abricot, Mousse Vanille.

Terminada la cena de SS. MM. se abrió el buffet á los demás invitados. Estos acudieron á la estufa, no tanto por saciar el apetito, aunque lo avanzado de la hora y el continuado ejercicio del baile lo habrian con razon despertado (si es que algo dormia aquella noche), sino por admirar el aspecto que presentaba el invernadero, profusamente iluminado, y con sus pequeñas mesas dispuestas entre los bosquecillos de flores de que estaba lleno.

Las bandurrias tocaban un Pot-pourri de aires nacionales, que creemos

se titula *Brisas españolas*, y en verdad que eran las que con más própiedad podian correr en aquel recinto; á sus gratos *efluvios* se juntaban la animacion de las conversaciones, los ruidos propios de un comedor, y el estruendo de esa aristocrática artillería, cuyas balas de corcho y cuya perfumada y espumosa *pólvora*, saliendo de un cañon de vidrio, saludaban con alegres salvas la inolvidable noche del 25 de Febrero.

Los músicos no se daban punto de reposo, y sucesivamente nos hicieron oir la jota de las *Memorias de un estudiante*, la marcha de *Boccacio* y una preciosa habanera denominada *Reina*, cu**y**a arrulladora melodía conmovió más de un corazon con el recuerdo de la pátria lejana.

A la tanda de walses de la zarzuela *La tempestad* sucedió *Lagartijo*, polka del maestro Arias, y ni las mesas veíanse un instante desocupadas, ni los infinitos criados del Duque que servian la cena detenian un momento su incesante movimiento.

En una misma mesa cenaban cristianos y moros; reinas y arlequinas; las elegantes capas venecianas junto á los vistosos fracs encarnados; Cataluña y Andalucía habian acortado la distancia que las separa, y en verdad que hubiera sido difícil decidirse entre la roja barreta y el airoso calañés; igual cielo brillaba en los ojos de ambas *Provincias*, idénticas rosas lucian su delicado color en las mejillas de las dos, y solo era posible, al contemplarlas, envidiar á las mansas olas del azul Mediterráneo que tienen la dicha de besar sus lindos piés.

Cuando las bandurrias preludiaron los primeros acordes de una elásica petenera, resonó un entusiasta ¡olé! ¿Quién le lanzó? ¡Ah! No quisiéramos equivocarnos al decir que se escapó del pecho de cierto hombre público que, si á veces cambia en su discurso la z por la s, ha dado pruebas de que no confunde las ideas y de que las suyas las sostiene con patriotismo. Y ménos que nunca, era de extrañar que en aquel momento esta exclamacion saliera de sus lábios: solo faltaban aquellas dulcísimas notas con que en la gentil Andalucía se expresa ora el placer, ora el dolor, para completar su ilusion. Las flores que le rodeaban, los encantadores rostros que en torno suyo sonreian, el murmullo del agua que no muy lejos corria, todo se aunaba para que se creyese en aquella ciudad seductora que acaricia el Guadalquivir, y hasta los plateados rayos de la luz eléctrica, que penetrando desde el jardin, iluminaban aquel recinto, semejaban el poético resplandor de la luna, que se complace en ser el más bello ornamento de las noches andaluzas.

Entre tanto, en la sala del baile sigue lleno de vida, y dirigido por la In-

fanta Doña Isabel y el marqués de la Mina, el cotillon, ese enloquecedor epílogo de toda fiesta. Pequeño era el inmenso salon para contener á los infinitos aficionados que ansiaban tomar parte en el baile. Jamás pecho alguno de victorioso general se vió más cubierto de veneras que algunos fracs ó disfraces se vieron favorecidos con lazos ó faveurs, muestras de las distinciones de que habian sido objeto por parte de las que formaban el mayor encanto de la fiesta; en cuanto á éstas, no hay para qué decir cuántos se disputaban la ventura de dar con ellas una vuelta de wals. En una de las figuras, las señoras recibieron de manos de los caballeros unos elegantes abanicos, sobre cuyo país veíanse pintados el heráldico murciélago y la corona imperial, que forman parte del escudo de armas de los Duques de Fernan-Nuñez. Otros abanicos, sobre cuyas delicadas vitelas de raso de colores se destacaban las figuras que adornaban las esquelas de invitacion al baile, y la fecha de éste, habian sido préviamente ofrecidos á S. M. la Reina y á SS. AA. las Infantas.

Describir el cotillon es tan difícil como pintar una batalla; ni se lograria, ni se llegaria á comprender. Fuera necesario mojar la pluma en todos los colores del iris, sentirse aún saturado de la calurosa atmósfera del salon, animado por las armonías de la orquesta, embriagado por la vista de tanta belleza, deslumbrado por el esplendor de tanto lujo y aturdido por los vertiginosos giros de tantas y tan pintorescas parejas. Renunciamos, pues, á la empresa, y nos limitaremos á exclamar: ¡Dichosos los que en aquella noche olvidaron la medida del tiempo, y vieron con pena penetrar por las ventanas la luz del día, cuando ellos imaginaban que aún por largo tiempo habia de extender la noche su sombrío capuz sobre la capital! Y los rayos del sol, que por lo regular son implacables con los que los han esperado sin cerrar los ojos, envidiando el fulgor de las infinitas bugías que los habian reemplazado allí en aquella noche, se unieron á ellas, y contribuyeron, por breves instantes, á dar con sus galas mayor esplendor, si cabe, á esta indescriptible fiesta.

Muchos al salir del palacio de Fernan-Nuñez sentian no tener el poder del bíblico Josué y del mitológico Júpiter para haber detenido el sol y prolongar interminablemente tan deliciosa noche.



## III

# DESPUES DEL BAILE

El baile de Fernan-Nuñez ha terminado.

Todo aquel conjunto de personajes antiguos, reyes, príncipes, duques, damas, galanes, mosqueteros, hugonotes, comediantes, alabarderos, reinas, doncellas, sultanas, odaliscas, etc., todo ha desaparecido. Las personas que simbolizaban dichos tipos, al despertar del sueño en que yacían aletargados descansando de las fatigas del pasado baile, se encontraron con que el sol llegaba hasta sus lechos, y al sonreirles de un modo incitante y picaresco, les hacía ver que no eran ni mas ni menos que personas del siglo XIX. Muchos creian despertar de un sueño, y nadie les hubiera convencido de lo contrario, si una mirada dirigida á su cercano disfraz, no les persuadiera de que por espacio de algunas horas habian estado soñando despiertos.

El mejor resúmen que podemos hacer del baile que ocupa nuestra atencion en este folleto es extractar el juicio que á la prensa en general ha merecido, y los elogios que por doquier se le han tributado.

#### El Times.—27 Febrero 1884.

El baile de trajes dado por el Duque de Fernan-Nuñez noches pasadas ha ofrecido un magnífico espectáculo y quedará siempre como un acontecimiento histórico. La familia real y unos 600 invitados asistieron á él. El rey haciendo una excepcion á la regla general, se presentó con el uniforme de capitan del ejército.

#### El Standard.—27 Febrero 1884.

La season de Madrid que ha sido brillante como pocas este invierno, terminó anteanoche con un espléndido baile de trajes en el histórico palacio de los Duques de Fernan-Nuñez. El rey, la reina, las infantas, el cuerpo diplomático y toda la *élite* de la sociedad madrileña, en número de 850 invitados,

llenaban los espaciosos salones, adornados con pinturas de gran mérito y colecciones de armas del tiempo de los árabes. El aspecto de la galeria y del salon de baile cuando el rey y la reina hicieron su entrada á las doce de la noche era en extremo pintoresco. Muchos de los trajes eran de las épocas de Luis XIV y de Luis XV ó de las antiguas monarquías italiana y española; formóse una guardia de honor compuesta de 40 jóvenes de la alta sociedad con uniforme del siglo xv. El número de los brillantes y otras joyas es increible. Las Duquesas de Fernan-Nuñez y de Osuna y la marquesa de la Laguna llevaban cada una por valor de ochenta mil libras en la cabeza ó en el traje. La reina Cristina vestia de la época de Luis XIV con el histórico panier. Las infantas Isabel y Eulalia se presentaron, la primera de Veneciana y la segunda de Colombina á la cabeza de las comparsas en las que 40 señoritas y caballeros con trajes del siglo xvi tomaron parte. La fiesta terminó con una espléndida cena en una espaciosa y bella estufa.

#### De la High-Life.—Del 1.º de Marzo.

EL BAILE DE LOS DUQUES DE FERNAN-NUÑEZ.—Carta à Radamés.—Son las ocho de la mañana, querido Radamés, y cumpliendo la promesa que te dí, voy á contarte mis impresiones y mis recuerdos.

¡Qué fiesta tan magnífica, qué baile tan soberbio! Orgullosos y satisfechos deben haber quedado los iniciadores de tan extraño cuanto sorprendente espectáculo.

Y ten entendido que el que te escribe estas líneas, viajó mucho, estuvo en córtes extranjeras, asistió á un memorable concilio, donde le desecharon un proyecto de regalar un nuevo mundo, favoreciéndole á cambio de esta oferta con el epíteto de temerario é insensato, pero nunca ni en la corte portuguesa, ni ante la espléndida vejetacion africana contemplaron sus ojos tanta belleza, tanta hermosura.

Tú tambien en la egipciaca corte del temido Faraon verias lujo y esplendor, pero para poder apreciar el colmo de la fastuosidad y de la riqueza, hubieras tenido que dejar, con tu solitaria tumba, tu dulce compañera Aida y venirte conmigo al palacio de la calle de Santa Isabel.

Y no lo hubieras sentido. ¡Cuántos conocidos y colegas hubieras encontrado! Yo por mí sé decirte que hasta encontré en aquellas espléndidas estancias á la rencorosa y altiva Selika, que siquiera sea por vengarse de mis antiguos devaneos con la noble Inés, paseábase tranquilamente con Raoul, que esta vez tenia abandonada á su Valentina, que con característico traje lucia valiosas joyas.

Pero mi admiracion llegó al asombro cuando discurriendo por unas y

otras estancias dí con mis huesos en un encantador paraje. Tropicales plantas veiánse por doquier; las más olorosas flores esparcian allí su perfumado aroma. En el fondo, entre bosques de camelias, oiánse claramente la música de bandurrias y guitarras que reproducian aires y canciones populares. Al pisar tan pintoresca estancia exclamé como en lejanos tiempos:

Mi balle il cor.

Espectacolo divino...

y en verdad que podia bien repetirse:

; O paradiso ...!

porque aquella *serre* era un verdadero y original paraiso. Pero dejemos ya mis impresiones y entremos como quien dice en el fondo de la cuestion, contándote lo que ví y lo que observé en aquella memorable noche.

Al entrar en la notable y rica galería de aquella histórica morada, me encontré con un severo á la par que apuesto personaje. El jubon de terciopelo negro y los gregüescos del mismo color, los botones de brillantes que adornaban el traje y el joyel que sujetaba la blanca y rosada pluma que caia sobre el sombrero, hacian resaltar más la majestad de tan aristocrática figura. Me dijeron era un rey español que se llamó Felipe II, que por su carácter rígido y austero, mereció las censuras de muchos de sus contemporáneos, y que á la sazon giraba una visita á la casa de recreo de su secretario de Estado Antonio Perez.

A su lado hallábase una distinguida dama de la córte de Luis XVI.

La falda encarnada caida en airosos pabellones, ricos encajes replegándose sobre ella, numerosos brillantes rodeando el escote, grandes plumas en la cabeza, y majestad y distincion en el rostro y en la persona. Todos aquellos personajes le ofrecian sus respetos, y ella corespondía con una sonrisa, con una galana frase á cuantos entraban en la galería.

Formados en dos filas, encontrábase la compañía del regimiento de Lanzas Fijo de Sicilia que mandaba el capitan Casani, y que tenia por tambor y por pífano, respectivamente á D. Cárlos Quesada y á D. Luis Berda.

Al pasar las damas, los soldados de esta improvisada compañía daban sobre el pavimento un golpe con la alabarda.

Coloquéme como Dios me dió á entender en uno de los rincones, dispuesto á presenciar desde allí la entrada de cuantos habian de concurrir á dar vida y animacion á los elegantes salones de la antigua casa de los Condes de Cervellon.

Oyese un general murmullo de admiracion. Acaba de aparecer una interesante figura (la duquesa de Osuna), que ataviada con larga túnica rosa y llevando blanco turbante que cubria la negra cabellera, nos indica en lo oriental de sus atavíos, que es de los descendientes del Profeta del Coran; en lo magnífico de sus joyas, que es reina; y por último, en los hechizos de su rostro, que bien merece la suerte de gobernar aquel fértil y poético rincon de Andalucía, que tantas lágrimas costó á Boadil, tantos esfuerzos á Gonzalo de Córdoba, y tantas ánsias y suspiros á nuestros Católicos monarcas. ¡Dichosos los granadinos,—exclamé,—que tuvieron tal reina!

A los pocos momentos se repitieron los murmullos de aprobacion, pero esta vez para prodigar sus aplausos á una ilustre dama veneciana (la condesa de Atarés) que parecia acababa de abandonar la negra góndola que, conduciéndola por el solitario canal, la hubiera dejado á las blasonadas puertas del aristocrático palacio donde tenia lugar sarao tan esplendente.

Y perdona, querido *Radamés*, si omito detalles y pormenores acerca de las *toilettes*, como creo que ahora llaman los revisteros de salones á los trajes de las señoras, porque á más de no estar fuerte en modas (cosa poco compatible con mi marina profesion) no quiero hacer demasiado extensa esta epístola, escrita á tus ruegos y cediendo á tus instancias.

Pero basta de paréntesis, que veo en estos momentos á una dama que merece todos mis respetos y la más profunda compasion, marquesa de Molins.

El negro terciopelo que forma su vestido, la blanca toca que ciñe el rostro, el toison que sobre su pecho cuelga, revelan que aquella figura es dama de régia estirpe.

Pregunté su nombre; dijéronme que amores la habian trastornado, que víctima de ardiente pasion, habia corrido tras del cadáver de su esposo, y que allá en agreste campo habia mandado hacer funerales y elevar plegarias á los prelados de su reino, mientras ella, acompañada de sus damas, altiva y llorosa, contemplaba con desencajada faz al elegido de su corazon.

Pero de pronto, la compañía de alabarderos preludia majestuosa marcha. Es que penetran otras altas y elevadas personas.

Eran estas un augusto jóven con uniforme militar, desconocido en mis tiempos, pero que gracias á la amabilidad de un antiguo amigo á quien tomé por Cicerone, supe que era una alta distinción del ejército español.

Una hermosa dama (S. M. la reina) de fines del pasado siglo, y cuyo atavio merece citarse. El pecho cuajado de brillantes; la falda de raso blanco circundada de flores; el cabello empolvado y en la garganta un terciopelo negro salpicado de preciosas piedras.

A tan augusta pareja acompañaban una egregia y hermosa matrona (S. A. la infanta D.ª Paz) con la cabeza empolvada; indicaba su traje rosa y

ta delantera de encajes que lo guarnecia, ser trasunto fiel de la córte y del tiempo de Luis XV.

No habia finalizado de verificar su entrada esta interesante comitiva cuando ví entrar á los acordes de la marcha del *Hamlet*, de Thomas, dos comparsas que representaban; una la juventud, la belleza; la otra, á más de estas dos cualidades, la *Comedia dell'arte*. Yo quisiera disponer de más espacio, como asímismo de galanura en el estilo y correccion en la frase para contarte, amigo *Radamés*, el sorprendente espectáculo que ofrecia el salon amarillo al hacer su triunfal arribo tan original mascarada.

En primer término te citaré à *Coralina*, la personificacion de ladama séria del teatro italiano (S. A. R. la infanta Isabel), à *Colombina*, la doncella siempre alegre y revoltosa (S. A. la infanta Eulalia), à la esbelta *Fiorinetta* (Mad. Stuers), à *Silvia*, hermosa y espléndida (la condesa de Villagonzalo), à la arrogante *Fralcella* (la duquesa de Alba) y etc., porque no quiero cansar tu ocupada atencion leyendo y leyendo nombres.

Dejemos á los bailarines entregados á las quadrilles, walses y polkas, y demos una vuelta por los salones.

Por lo pronto nos encontramos con una espléndida belleza oriental (la marquesa de la Laguna); capaz de trastornar á todos los sultanes conocidos; junto á ella la novelesca Fátima (la marquesa de Villamantilla), que ha cubierto su traje de alhajas y piedras de gran valía; no muy lejos se destaca el busto esbelto de la Hija del Faraon (Srta. de Brunetti), y haciendo contraste con estas orientales hermosuras, vense, formando delicioso grupo, á toda una rica hembra de Alcalá (la Sra. de Ulloa) á la interesante Margarita de Navarra (condesa de Bernar) y á la arrogante majestad de la Reina francesa Clotilde (marquesa de Puerto Seguro).

Dos lindas *pierrettes* se pasean por la estufa alta, la una (duquesa del Infantado) lleva la caperuza cuajada de brillantes, y el color negro de aquella contrasta con la rubia y rizada peluca que ostenta; la otra (marquesa de Belfeut) vestida irreprochablemente está igualmente deslumbradora.

La espléndida belleza y rico traje de una dama del tiempo de Luis XIV Sra. de Gargollo) atrae todas las miradas. En la cabeza y pecho luce hermosísimas joyas de extraordinario valor.

Tan rico como elegante es el traje de tisú de oro y blanco con manto de terciopelo encarnado guarnecido de pieles de armiño que ostenta una bella emperatriz Josefina (vizcondesa de Aliatar). En verdad puedo asegurarte que si así fué la esposa de Napoleon, encuentro muy censurables los devaneos que fuera de la morada conyugal se permitia el gran conquistador.

De princesa persa, con traje rojo y blanco bordado de oro, iba la condesa de Pino-Hermoso.

De eté estaba Milagros Vargas que lucia sobre una falda de raso grana otra de la misma tela azul, y sobre ésta á su vez un precioso *Pompadour* de tela brochada graciosamente prendida con ramos de espigas y amapolas. El corpiño de terciopelo negro aparecia adornado de las mismas flores.

Como resaltaria con tan gracioso traje la belleza de su figura es cosa que facilmente comprenderás. Con *veranos* de esta naturaleza pueden darse por bien empleados sudores y fatigas.

Muy bien vestida con traje de marquesa de Esquilache estaba María Guijas-Albas, hija del conde del mismo título.

El precioso traje de *lobarina*, pescadora de las costas portuguesas, lo llevaban con mucha gracia y donosura Anita Mendez-Vigo é Isabel Ferraz.

La condesa de Casa-Valencia ostentaba rico traje de madame de Poligni, siendo tan lujoso como éste el de madame de Maintenon, de la baronesa de Goya-Borrás.

Muchas provincias españolas tienen allí su representacion. Un saludo y saludo entusiasta exige Cataluña (Casilda Despujols), que luce precioso gorro encarnado que hace destacar sus rubios cabellos; Múrcia (Angelita Molins), se nos presenta recordándonos con aquella cara y aquellas facciones, lo florido de su huerta, lo feraz de su suelo; y por último Mallorca (la marquesa de Casa-Irujo), está allí tambien demostrando á la par la hidalguía y la nobleza de sus preclaros hijos.

No podian faltar flores en este ideal jardin y una violeta (marquesa de la Coquilla) y una flor de lís (Srta. de Ramos) nos demostraban que aquello era perfumado pensil de distincion y belleza.

El tipo revoltoso, decidor y alegre de Rosina (Srtas. de O'Donnel, Osma, Alonso Martinez, Pino), contrastaba con la poética sencillez de Margarita (Srtas. de Bassecourt, Castro, Sena y Lemerich), y en fin los pomposos atavíos de la marquesa de Pontejos (Srta. de Aguirre de Tejada), formaban airoso relieve con los macarenos atavíos de las majas de Goya (Srtas. Carolina Bassecourt, duquesa de Veragua.)

Y aquí hago punto final, querido colega; mis múltiples ocupaciones me impiden seguirte escribiendo; figúrate que tengo que volverme otra vez á la córte portuguesa donde me espera mi prometida Inés y quiero apartarme de este paraiso para no caer en la tentacion de coquetear con Selika, ni exponerme á las justas iras del rencoroso Nelusko.

Adios, tuyo afectisimo.—Vasco de Gama.

#### De El Liberal del 27 de Febrero.

Madrid.—Despues del baile.—Todo ha concluido... El baile duró muchas horas; pero al fin y al cabo los convidados se decidieron á salir... La luz del dia les advirtió que no eran personajes de épocas antiguas, sino ciudadanos del siglo xix... Habían paseado, bailado, cenado... ¡Cuán breve es la felicidad! ¿Pero seria felicidad si no fuese breve? El baile de anteayer fué tal, como dicen no se ha celebrado otro desde hace veinte años. Veinte años, pues, nos hemos estado preparando para gozar de una sola noche... Natural es que esa sola noche, aunque breve, valga por veinte años.

En bailes como el de los Duques de Fernan-Nuñez se convence uno de la falta de entendimiento del género humano. La anarquía de trajes que allí se nos ofrecia, demuestra que la belleza no reside en la uniformidad; cada indivíduo tiene condiciones propias que la moda inutiliza; ayer por la tarde ví al marqués del Castrillo y á Pepe Argaiz, y me pareció que iban disfrazados de levita y sombrero de copa... Sus verdaderos trajes eran los que llevaban en el baile la otra noche.

Todo el secreto de los trajes está en esto: que sean un complemento de la persona, y de ninguna manera lo principal. Es grave equivocacion *elegirse* uno para un traje, en vez de elegir traje para nuestra persona. Habia anteanoche en los salones, damas admirablemente bellas que no suelen admirar por su belleza, y otras estrellas de la sociedad pasaban desapercibidas... Por poco que valgan una mujer ó un hombre, valen siempre más que el mejor traje, si tienen ingenio y sobre todo si tienen la modestia de conocer sus defectos: un defecto bien explotado, constituye en un baile de trajes, un éxito... No quiero citar ejemplos y nombres elogiando esta sábia explotacion de algunas damas y caballeros que asistian al baile, por respeto á su modestia...

Además, no quiero ensartar nombres propios ni derrochar adjetivos... El baile de anteanoche no es descriptible, y yo declaro, por otra parte, que no he llegado á enterarme bien todavía... Y eso que salí á las siete de la mañana... Aquello era una confusion de grandezas y maravillas; nadie podia fijarse en nada, porque los ojos y la imaginacion, solicitados á cada instante por nuevas maravillas y grandezas, concluian por marearse... Preciso era ir vestida, como por ejemplo lo iba la duquesa de Alba, para fijar la atencion algunos minutos... Estas fiestas excepcionales, se ven, por así decirlo, más tarde; cuando se habla de ellas, los objetos se disgregan de la confusion en la memoria, y aparecen recobrando toda su poesía... Mis lectores pueden figurarse el aspecto del baile, si les digo que habria—segun mi cálculo—unos

ochocientos convidados; y que estos se dividian en cuatro clases: los que llevaban traje de época ó de capricho; los que llevaban uniforme; los que llevaban capa veneciana y los fracs encarnados...

En trajes la riqueza era extraordinaria, demostrándose más la pretension que el capricho; lo cual era natural, tratándose de asistir á un baile dado por señores tan magníficos; los diamantes habian llovido allí como la escarcha.

El aspecto del salon en los rigodones y en el cotillon era asombroso; un pintor podria dar idea de ello, porque, en fin, era un baile de rayos de luz, de piedras preciosas y de colores. En todo el baile no se encontraba un traje inconveniente, vulgar ni de mal gusto.

Los uniformes abundaban. ¿Quién no tiene uniforme en España? Los uniformes hacen bien en los salones y de noche; como todo lo que tiene oro; la luz del dia es la luz de la naturaleza, y el gas la luz de las vanidades. Gracias á los uniformes, los hombres políticos se ahorraron un disfraz más.

Muchas capas venecianas... Como dice un periódico de anoche, las personas formales. ¡Quién diria que la formalidad gastaba esa capa! Despues de todo, no es prenda tan deslucida como se cree... Es una talma que se sujeta con cordones al cuello, ó pasando el cordon por debajo de un brazo; tal como los estudiantes se tercian el manteo... Debajo se lleva el frac. La capa veneciana exige calzon corto, y media de seda, y zapatos negros... La capa puede ser de colores. Una persona de buena figura no está mal con ella; pero pueden ustedes figurarse como estarán las que solo sean personas formales.

Muchos asistian de frac encarnado con calzon corto y media, negros ó blancos. Es un traje altamente pretencioso, porque es preciso tener una figura elegantísima para lucir con él... Pero los que vestian ese frac son, en efecto, de lo más elegante de Madrid. Ayer, moralmente ha quedado destituido el frac negro. Entre los que llevaban el frac encarnado, recuerdo á uno de los más famosos tiradores de florete de Europa, el Sr. D. Alfonso Aldama.

Casi todos los periódicos han dado los nombres de las personas que asistieron al baile y los trajes que llevaban; yo me limitaré á decir que la Duquesa de Fernan-Nuñez llevaba un traje, copiado de un retrato de una de sus bisabuelas... Con decir que lo llevaba, dicho se está lo que el traje era y valía.

El Duque de Fernan-Nuñez vestia de Felipe II, eleccion extraña—aunque no censurable—en quien tiene dadas pruebas de ser liberal en acciones y en política... Sin duda ha sacrificado sus convicciones á la integridad de su barba.



Al entrar la familia real, los alabarderos fueron haciendo el desfile, acompañándola al son del pífano, hasta el salon del baile, donde hiciéronle guardia mientras se bailaba el rigodon de honor, siendo la Duquesa de Fernan-Nuñez pareja del Rey y de la infanta Paz el Duque.

Terminado el rigodon, desfiló la comparsa que representaba la Comedia del Arte, con sus tipos italianos. Esta comparsa bailó despues un rigodon complicado.

Despues de cenar se retiraron los reyes, á las cuatro y media, hora en que se abrió la estufa donde estaban puestas las mesas, y en la cual se sirvió sin interrupcion á los convidados hasta las ocho de la mañana. Todos aquellos magníficos personajes de otras épocas, que parecian evocados de sus sepulcros, traian á este baile el apetito de sus buenos tiempos... Se cenó esplendidamente con el reposo, la confianza y deleitacion que se cena en casa de los Duques de Fernan-Nuñez.

El cotillon fué un delirio interminable.

Todo el mundo queria estarse hasta última hora, por ser este baile de los que solo ve una persona de la sociedad una ó dos veces en su vida... Por otra parte, quien llevaba quince dias de preparativos para esta noche, no se resignaba fácilmente á darla término.

No basta querer dar un baile de estos para realizarlo; es preciso tener prestigio personal, y el baile de ayer demuestra que el de los Duques de Fernan-Nuñez es muy grande.

No quiero hablar de los beneficios que este baile haya reportado al comercio... El baile sería laudable y magnífico aunque no hubiese reportado ninguno. Entre los placeres sociales lícitos que conozco, el más lícito es divertirse como se divirtió la sociedad en casa de los Duques de Fernan-Nuñez...

Debo advertir que la preocupacion de ver y admirar era tan grande, que ni se dirigió una mirada á la galería de los cuadros, ni á las habitaciones, ni á las preciosidades infinitas del palacio;—ni los pollos hicieron el amor, siquiera.

La concurrencia fué solo á maravillarse y, en efecto, no hizo más en toda la noche que estar maravillada.—Fernanflor.

De El Imparcial del dia 26,

QUE SE REPARTIÓ POR MADRID CUANDO AÚN NO HABIA SALIDO LA GENTE DEL BAILE QUE DESCRIBIA.

Baile de trajes de los Duques de Fernan-Nuñez.—Desde hace mes y medio, que se hizo pública la noticia del baile de trajes proyectado en el palacio de Cervellon, la fiesta anunciada ha sido objeto de todas las conversaciones en

los círculos aristocráticos, de grandes preparativos por parte de las más ilustres damas de nuestra sociedad, de continua ocupacion y lucrativo trabajo para los comerciantes, artistas é industriales de Madrid, y de curiosidad vivísima, no solo para el bello sexo, sí que tambien para cuantos siguen con atencion la crónica de los salones.

La solemnidad de anoche, que muchos esperaban con impaciencia, era aguardada con interés por la mayor parte como uno de esos sucesos brillantísimos que, por romper la monotonía de lo vulgar, forma época en la vida del gran mundo y son durante mucho tiempo despues de realizados inagotable manantial de conversaciones entre todas las clases sociales.

La esplendidez de los Duques de Fernan-Nuñez, las generales simpatías que gozan en todo Madrid, el recuerdo no olvidado de aquel célebre baile de 1863, al que concurrió la familia real, los informes parciales adelantados por los periódicos, el número y la calidad de las personas, que, segun pública voz y fama, se disponian á dar brillantez á la aristocrática fiesta, y los detalles que circulaban de boca en boca acerca del gusto y de la riqueza verdaderamente oriental de los trajes, anunciaban uno de esos sucesos de que durante largos años se conserva gratísima memoria.

Los anuncios prometian mucho, y las esperanzas eran grandes; pero unos y otras han sido superadas por la deslumbradora realidad, porque el baile de anoche ha sido magnífico.

No falta quienes juzgan que esta clase de fiestas son perfectamente inútiles, ni quienes, dejándose llevar de inexplicables exageraciones, las condenan en redondo.

Mas cuando, como la de anoche, revisten gran esplendidez, presentan además del aspecto artístico, otro que podríamos llamar utilitario.

Porque, ciertamente, es indudable que el comercio y el trabajo nacional deben á estas fiestas de la opulencia gran parte de su prosperidad.

Así lo entienden en Inglaterra donde los que se dedican al comercio y á cierta clase de industrias se lamentan de que la graciosa soberana del Reino Unido mantenga en clausura sus régios salones desde que ocurrió la muerte del príncipe Alberto; la conducta de la reina Victoria, en la que se inspira la nobleza británica, ha retirado de la circulacion los rios de oro que, al pasar por las manos del comerciante y del trabajador, contribuian por notable modo al desenvolvimiento del trabajo y de la produccion nacional.

Así se entiende tambien en Italia, pues precisamente este año se ha hecho todo lo posible por restituir á las fiestas del carnaval su antiguo esplendor, con objeto de que la afluencia de forasteros á las capitales, y los gastos que

necesariamente se invierten en públicos regocijos, redunden en provecho de las clases comerciales y trabajadoras.

No carecen, por tanto, de utilidad estas fiestas, cuando en otros países más adelantados que el nuestro, se procura que ni desaparezcan ni decaigan.

Formarse idea de la que la pasada noche se ha verificado en el palacio de los Duques de Fernan-Nuñez, donde han rivalizado la hermosura, la riqueza, la distincion y la elegancia; trazar con el necesario relieve un cuadro en que figuran las más bellas é ilustres damas españolas; en que el centelleo de la pedrería deslumbra; en que el fulgor de las bujías ciega; en que el raso, el terciopelo y los riquísimos brocados atraen todas las miradas; en que las obras maestras del arte cautivan, es punto menos que imposible. Si aún para imaginado es difícil ¿qué será para descrito?

Si á esto se une la premura del tiempo y el natural deseo de trascribir cuanto hemos visto, se comprenderá que no subordinemos nuestros apuntes á órden ninguno, y sólo consignemos ligeras impresiones á medida que nos vayamos acordando.

Al dar las doce, más de 600 personas llenan los salones: el golpe de vista es deslumbrador; parece que todo lo más brillante y hermoso de los últimos siglos ha recobrado vida. De los cuadros de los museos se han destacado con el esplendor del arto y la juventad de la rilla estacado.

timos siglos ha recobrado vida. De los cuadros de los museos se han destacado, con el esplendor del arte y la juventud de la vida, reinas y princesas, célebres por su gallardía, guerreros y magnates, héroes que personifican una edad, damas que han impuesto su nombre á la elegancia de una época.

La ropilla airosa de aquel período español en que nuestra patria dictaba leyes á las costumbres y al arte de toda Europa, rivaliza con los aparatosos trajes á lo Luis XIV, y las aterciopeladas casacas de Luis XV contrastan con el esbelto y gracioso corte de figuras goyescas.

Confúndense en revueltas oleadas las naciones más enemigas y las edades más encontradas: las sultanas que evocan el recuerdo de las huríes del eden mahometano circulan con las *incroyables* y *merveilleuses* del directorio, cuyos encantos son tan revolucionarios como sus tocados: Arlequin y Pulcinella alternan con María Antonieta y María Luisa: los hugonotes con Felipe II, las moriscas con los inquisidores: todo sonriente, brillante, fascinador.

Los Duques de Fernan Nuñez reciben á aquel desfile de personajes, compendio de gloriosas historias, con su cortesanía proverbial, dedicando la Duquesa una frase de elogio á cada una de las damas que pisan sus salones.

Los dueños de la casa tenian preparada todavía otra sorpresa.

A la hora de la cena, los convidados atraidos hácia la estufa, disfrutaron de un golpe de vista encantador. Las luces prestaban brillo fantástico á las mil extrañas plantas que encierra aquella que más que estufa parecia trozo de una selva tropical. Los plátanos y las palmeras elevaban sus gallardos troncos entre bosquecillos de camelias en flor. El aire estaba lleno de perfumes, y una orquesta de guitarras y bandurrias lo poblaba de armonías.

A un extremo, el busto del celoso Otelo destacándose sobre el verde sombrío de las plantas. E inmediata, la mesa régia, con tal arte y riqueza dispuesta, que, á contemplarla, de fijo diera fiebre al *Doctor Thebusem* y al *Cocinero de Su Majestad* é inagotable pasto á sus curiosas disquisiciones. Las mesas para los convidados aparecian diseminadas en el resto de la estufa.

Eran pequeñas, como para cuatro ó seis personas, donde cada cual podia cenar con los compañeros de su agrado y proseguir las sabrosas pláticas en inapreciable confianza.

Cuando poblaron la estufa la vida y animacion de los salones y en grupos encantadores sentáronse en derredor de las mesas las mil bellezas del baile, hubo un grito unánime entre los convidados El Duque de Fernan-Nuñez. habia tenido razon en escribir á Raimundo Madrazo invitándole á que viniese desde París para asistir al baile.

Y en efecto, sólo Raimundo Madrazo podia sorprender y trasladar al lienzo toda aquella indescriptible riqueza de color, de belleza, y de verdadera embriaguez que eran como el triunfo y la apoteosis del carnaval y el baile.

Los ministros y muchos ex-ministros asistieron de uniforme. De hombres políticos importantes que han ocupado alta posicion, es más fácil decir los que no fueron que los que se ballaban en el baile.

SS. MM. se retiraron á las cuatro de la madrugada, haciéndole los honores la compañía de guardias del Fijo de Sicilia.

El baile volvió á animarse despues, y á las cinco empezaba el cotillon, prometiendo aún prolongarse la fiesta hasta bastante despues de amanecer.

En las crónicas aristocráticas de Madrid no se recuerda un baile semejante, digno, por cierto, de la legendaria esplendidez de los antiguos grandes de España, como los Fernan-Nuñez y Cervellones.—Almaviva.

### De El Dia del 26 de Febrero.

El baile de los Duques de Fernan-Nuñez.—Dieron rendidas las modistas la última puntada, dejando caer la soñolienta cabeza sobre el raso que las habia tenido tantas noches en vela. El peluquero puso fin al tocado; la doncella terminó la ímproba labor comenzada hacia muchas horas en el miste-

rio impenetrable del tocador de la señora; el ferro-carril habia dejado ya hasta la última caja henchida de novedades de lejanas tierras; el comerciante cerraba su tienda.

Se ponia fin al laborioso prólogo hace un mes comenzado y se llegaba á la realizacion de lo que habia sido hasta anoche esperanza y es desde esta mañana recuerdo.

Así como en las largas noches de invierno, mientras cubre la escarcha la tierra, allá en el fondo de la madre comun la semilla germina, y lenta pero constantemente va progresando hasta que suena la hora en que la primavera llama á las puertas y produce la hermosa renovacion de las plantas y las flores, así el trabajo asíduo de ejércitos de obreros ha ido preparando las magnificencias que se lucieron anoche en esa espléndida fiesta.

Eran las diez y media; larga fila de carruajes que comenzaba en la calle de Atocha, serpenteaba por la plaza de Anton-Martin y ocupando la calle de Santa Isabel se detenia ante las blasonadas puertas del palacio de Cervellon.

Una orla de gas iluminaba la larga fachada, como si los esplendores de dentro, no pudiendo contenerse, rebosasen al exterior para anunciar la fiesta.

Los carruajes dejaban su encantadora carga delante de la mampara de cristales. Allí comenzaba suave escalera alfombrada de blanco, y así como en las catedrales se recibe con pálios á los reyes, plantas tropicales, extendiendo sus pomposas hojas, formaban el pálio de aquellas reinas de la hermosura, cuyos elogios parecia que pregonaba al caer murmurando en alabastrino pilon el constante chorro de perfumada fuente.

En espaciosa antecámara, que bien proclamaba sus tallados escudos y severo adorno el alto y antiguo linaje de la noble casa, manos diligentes de callados servidores, desprendian de los hombros los abrigos que habian sido hasta entonces larvas de gentiles y matizadas mariposas.

Parecian aquellos lacayos embutidos en su librea verde y roja, bien ajenos de la mision que anoche desempeñaban, cohorte de encantadores que cogiendo los voluminosos libros de historia de una biblioteca, abriesen sus páginas y diesen vida á los personajes que han sido en el mundo célebres.

Porque en aquella antecámara terminaba anoche la vida real; la encantada redoma del marqués de Villena se rompia en pedazos y salian reinas moras, emperatrices cristianas, damas, caballeros, todo el pasado, en fin, con sus encantos y con sus esplendores.

Con gentil talante los recibia á la entrada de la hermosa galería que columnas de mármol sostiene y joyas de arte ilustran, un caballero que del Duque de Fernan-Nuñez tenia todo el noble aspecto, y de la época de Felipe II las severas galas.

Negro era el color del ceñido traje, de torzal seda en las calzas y de milanés terciopelo en la ropilla; corta capa de raso mostraba airosa su elegante corte, sin pasar de la cintura, de donde pendia larga y pulida primorosa espada, en la empuñadura rica y en la hoja bien templada, como procedente de aquellos tiempos, en que lo mismo se mostraban galas en el sarao que arrojo en el combate.

Avaloraba el oro el traje, y más que el oro los botones de brillantes que abrochaban la ropilla, que no sólo por estas riquezas, sino por el insigne Toison, que pregonando grandezas de su dueño se ostentaba al cuello, podia ufanarse.

Un rico joyel de brillantes prendia en el sombrerillo de terciopelo rizadas y blancas plumas, que completaban el atavío del amable caballero que á todos apretaba con cordialidad la mano al agradecerles la visita.

No muy lejos de él, pero más en el interior de la galería, saludaban los invitados á la Duquesa de Fernan-Nuñez.

Habia pedido la ilustre dama á la córte de Luis XVI todos sus esplendores para engalanar su aristocrática persona, y bien puede asegurarse que no vieron las salas de Versalles, ni en sus mejores dias, ni más espléndidas galas, ni con más señorío llevadas.

En el poco espacio que la primorosa labor de encajes de oro dejaba libre á una primera falda, lucía ésta su color encarnado, y sobre ella caia, cogida en pabellones, otra más rica de brocado, azul záfiro, donde con oro se habian tejido flores que eran de aquel oscuro cielo de seda, estrellas. Eran orla del escotado cuerpo, grandes, iguales y numerosos brillantes, que con hebilla de las mismas piedras terminaba en la espalda, y la cabeza demostraba su costumbre de ceñir ducal corona y ostentar heredadas grandezas y dignidades propias, llevando con gentil desembarazo complicado tocado, que á otra ménos acostumbrada que la Duquesa á ser noble, hubiera abrumado, más por su fábrica que por su peso.

De encaje, que en lo amarillo mostraba su ejecutoria, era el tocado; le ceñian á la cabeza los florones ducales de una diadema de brillantes y le coronaban nada ménos que seis erguidas plumas que en rosa, azul, negro, blanco y tostado componian un delicado íris de suavísimos colores, con tal arte dispuesto que, á pesar de lo complicado, no tenia ni el más leve detalle de mal gusto.

No bien la Duquesa pagaba con sonrisas los saludos y daba pruebas de



su ingénio celebrando con fina y adecuada frase los diversos trajes que veia entraban los convidados en la calle formada, por la correcta alineacion de dos hileras de guardias del regimiento fijo de Sicilia, en el siglo xvIII, que armados con alabardas, bandera al frente y con la gloriosa enseña, tambor y pífano, contenian á la elegante multitud que habia acudido temprano y que esperaba la llegada de los reyes, siendo curioso público de los que acudian más tarde.

Bizarros, en verdad, estaban los caballeros guardias con sus casacas blancas con vueltas rojas, lo mismo que las ceñidas medias y la chupa que caia sobre el calzon corto, y bien demostraba su elegante aspecto que no en otra parte, sino en lo más lozano de juventud noble, habia sido reclutada la compañía.

Si antiguo y correcto era el traje, conocidas eran las personas, no bastando ni la blanca peluca, cuyo coleto caia por la espalda, ni el apuntado sombrero, á desfigurar á los personajes que no eran otros que el capitan, el señor Casani; el abanderado, el Sr. D. José Armero; el que batia el parche, el Sr. Quesada, el que tocaba el pífano, el Sr. Berda, y los veinte que empuñaban la alabarda, el conde de Villalba, los vizcondes de las Torres de Luzon, de Irueste y de Benaesa, Mr. Baggowut, de la legacion rusa, y los señores D. Rafael Giron, D. Antonio y D. Fernando Soriano, D. José y D. Fernando Heredia, D. Santiago Udaeta, Cort, Agrela, Donadío, Marin y otros, que tienen todos su cuartel en conocido círculo de la calle de Alcalá.

Tardaban en llegar los reyes; pero no era posible que el tiempo se hiciese largo, pues la vista de los que esperaban se regocijaba á cada momento con la aparicion de encantadoras figuras, que forzosamente tenian que seguir la calle formada por los guardias, desplegando en el paseo sus galas, más ricas que las de ciudad antigua en procesion del Córpus, ó que la de novia acaudalada en dias de bodas.

La serre se abrió para la cena despues de la salida de la familia real, y era en extremo pintoresco el aspecto de las mesas situadas entre bosques de camelias.

La luz del dia llegó á suceder á la luz eléctrica, sin que se dejansen de servir exquisitos manjares, mientras tocaba la orquesta de bandurrias.

En tanto en el salon principal se bailaba el cotillon dirigido por S. A. la infanta Isabel y el marqués de la Mina.

Tomaban parte en él con las parejas de los comparsas, otros caballeros. Entre los trajes de estos, llamaron la atencion el de D. José Baeza, de marqués de Calatrava, el personaje de *Don Alvaro*; el conde de Begamar, de ca-

ballero de la córte de los Valois; el Sr. Argaiz, de Saint-Bris, y otros.

Abundaban los fracs encarnados con calzon blanco y las capas venecianas con calzon negro. El Sr. Fernandez Florez lució un traje de *incroyable*, notable por su exactitud; llevaba la casaca encarnada, y hasta los guantes, los lentes y las sortijas eran de época.

Los ministros y ex-ministros fueron de uniforme con profusion de cruces, y los grandes y títulos con trajes de maestrantes ó de caballeros de las órdenes militares.

A las siete de la mañana terminaba la notable fiesta.

De El Noticiero del dia 26 de Febrero.

EL BAILE DE TRAJES DE LOS DUQUES DE FERNAN-NUÑEZ.—El palacio.—Una fiesta en el histórico palacio de Cervellon es siempre un acontecimiento.

Pero si la fiesta es como la celebrada anoche, no hay medio de trasladar al papel lo que se ha visto, porque no se puede consignar en los estrechos límites de una reseña, el aspecto que presentaban las estancias de un palacio de príncipes, cuajado de obras de arte, adornado con flores é iluminado á giorno, sirviendo de albergue á lo más selecto de la sociedad, llevando trajes magníficos, lujosas joyas y caras y cuerpos aún más hermosos que los joyeles y los brillantes que los componian.

Describir lo que es el palacio de Fernan-Nuñez, es tarea imposible para un cronista de salones, que tiene que abandonar el continente por el contenido, si ha de satisfacer la natural curiosidad de sus lectores.

Imagínense éstos un catálogo de un museo en que figuran obras de escultura como *La legitrice*, de Mingheti; *La pobre prisionera*, de Vela; *El torero moribundo*, de Novas, lienzos de Velazquez, de Goya, del Ticiano, de Suyders, de Palmaroli, de Mario de Fiori, de Madrazo, de Fortuny, de Hernandez y de otros muchos pintores antiguos y modernos, extranjeros y españoles.

Coloquen estas obras de arte en paredes de salones, centuplicados de un modo fantástico por multitud de lunas de Venecia de colosal tamaño.

Imagínense unas galerías que dan vuelta al palacio provistas de encuadramientos de nogal y llenas de toda clase de objetos artísticos.

Penetren con nosotros en la *serre* de cristales vestida de tapices y poblada de plátanos que extienden sus anchas hojas cobre los cómodos asientos colocados aquí y allá.

Supongan dos comedores con tapices d'Aubusson y cuadros maravilosos. Recorran, en fin, con la imaginación las salas espléndidas, el lujoso despacho del magnate, la hermosa biblioteca, la artística y severa alcoba de los Duques, el magnifico billar, estancias todas en que se ven porcelanas antiguas

y modernas, miniaturas bellísimas, barqueños y otros mil muebles y objetos que llaman la atención de los inteligentes, y poniendo cuanto puedan traer á la mente de los fantásticos cuentos de hadas, podrán tener una idea aproximada de lo que es el palacio de los condes de Cervellon en una noche de fiesta.

Pasemos á ocuparnos del baile que debe ser el principal objeto de nuestro trabajo.

LLEGADA DE SS. MM.—Era la una ménos cuarto cuando llegaron las personas reales al palacio de la calle de Santa Isabel. SS. MM. iban acompañadas por la Infanta D.ª Paz, el príncipe Luis Fernando de Baviera y las damas de la Reina, duquesa de Medina de las Torres y condesa de Superunda.

Al pié de la escalera esperaban la llegada de los Reyes los Duques de Fernan-Nuñez, y al aparecer las personas reales en la galería, batieron marcha el pífano y el tambor de la compañía de Sicilia, encargada de hacer los honores al Monarca.

S. M. el Rey dió el brazo á la Duquesa de Fernan-Nuñez, y la Reina se apoyó en el que le ofrecia el ex-embajador en París, haciendo su entrada en los salones, escoltados por la compañía de que repetidamente hemos hablado.

Apenas hicieron plaza los alabarderos, dió principio el rigodon de honor que bailaron: la Reina con el príncipe de Baviera, el Rey con la Duquesa de Fernan-Nuñez, la Infanta D.ª Paz con el Duque de Fernan-Nuñez, y la duquesa de Beudorm, con el marqués de Casa-Irujo.

La cena se sirvió con la esplendidez acostumbrada en la estufa.

A un extremo, y debajo del busto de *Otelo*, se habia colocado la mesa para las personas reales.

El Sr. Sagasta cenó con SS. MM.

Diseminadas por aquel delicioso paraje, habia una profusion de mesas de todos tamaños, en que se servia con rapidez inverosímil todo lo que los convidados podian apetecer.

Diríase que habia un criado para cada persona.

El aspecto que presentaba la estufa al servirse la cena, era verdaderamente deslumbrador, y segun parece, va á ser reproducida por Raimundo Madrazo, venido expresamente de París para la fiesta de anoche.

SS. MM. se retiraron á las cuatro y media de la madrugada con el mismo ceremonial observado á su llegada.

A las cinco empezó el cotillon, y eran muy cerca de las ocho de la mañana cuando abandonaban los más rezagados el histórico palacio de Cervellon.